

CORRESPONDENCIA

SIRIA

Conversión del Arzobispo sirio jacobita de Diarbekir

El llamamiento hecho al Oriente por el Padre Santo comienza á producir sus frutos. Además de las esperanzas que se fundan en la antigua Iglesia de los coptos, el R. P. Barnier, de la Compañía de Jesús, escribe desde Homs el 7 de Agosto último la siguiente carta, dándonos cuenta de la conversión de un Arzobispo sirio jacobita uno de los personajes más ilustres de aquella comunión tanto tiempo ha separada de la unión romana:

HACE dos meses y medio que estoy de vuelta en nuestra Misión, y pronto hará dos que resido en Homs, donde continúo ejerciendo mi ministerio en las poblaciones del Oeste.

Me apresuro á dirigiros estas breves líneas para participaros la gran noticia del día, el acontecimiento que ha conmovido á todos los cristianos de Homs y sus alrededores, llenando á los católicos de gozo y consuelo, y sembrando la turbación, el temor

y el despecho en el corazón de los cismáticos, especialmente de los sirios. Refiérome á la conversión al Catolicismo del Ilmo. Gregorios Abdallah, hace poco arzobispo sirio jacobita de Diarbekir, y candidato á la sede patriarcal.

Desde hace algunos meses nos era ya conocida la conversión de este Prelado, y aguardábamos su visita. Antiguo obispo de Homs y Hamah, originario de esta diócesis, donde posee propiedades y tiene muchos pa-

rientes y amigos, debía presentarse aquí muy pronto: contábase con su venida para activar el retorno de sus antiguos correligionarios á la verdadera fe.

De regreso de un viaje por el Oeste en compañía del archimandrita Cirilo, encontré al Ilmo. Abdallah y su cortejo instalados en nuestra casa con el reverendo Vicario del ilustrísimo Patriarca sirio católico, el cual había venido también de Mossul para asistir en el altar al Obispo recientemente convertido y acompañarlo.

El Ilmo. Abdallah llegó de improviso, acompañado de muchos cismáticos que habían ido á esperarlo á Hamah, y entró primero en casa de su hermana, todavía jacobita, donde se reunieron en seguida el Obispo, el clero y los notables de su antigua Iglesia con la esperanza de hacerlo volver de nuevo al cisma, que ha abandonado resueltamente después de tantos años de dudas.

Cumplido lo que exigían los lazos de la sangre, el ilustrísimo Abdallah aceptó con reconocimiento la hospitalidad que desde su llegada había ido á ofrecerle nuestro Padre superior, acompañado del Vicario patriarcal católi-

co, á quien los cismáticos, que llenaban la casa, no consintieron la entrada el primer día.

El día de San Ignacio, nuestra iglesia de Homs ofrecía á los ojos maravillados de los disidentes de todo rito, que habían acudido de la ciudad y de los pueblos cercanos, una admirable imagen de la unión de todos los ritos en el seno de la Iglesia católica y de la unidad de esta Santa Iglesia en la variedad de ceremonias exteriores.



ILMO. Y RMO. P. FR. SANTIAGO GHEZZI, franciscano. (Pág. 454)

La Misa pontifical fué celebrada por el Arzobispo antes jacobita y ahora hijo sumiso del Pontífice Romano, asistido del Vicario, del Patriarca sirio católico y de otro sacerdote del mismo rito. El sermón fué pronunciado elocuentemente por el Vicario general del Arzobispo griego católico de Homs, en representación de este Prelado ausente. En el coro se hallaban unidos en una misma fe y oración el Vicario general del Patriarca griego-católico por los distritos del Oeste, uno de los sacerdotes griegos del Hosson convertidos recientemente, un sacerdote maronita y nosotros, de rito latino.

El Ilmo. Gregorios Abdallah estará algún tiempo todavía con nosotros. No cesa de recibir y devolver visitas, aunque éstas son ya menos numerosas que al principio. El clero y los notables jacobitas han comprendido que no conseguirán de modo alguno hacerle cambiar de resolución. La firmeza del Prelado, su prudencia, dulzura y mansedumbre han producido en algunos la impresión que esperábamos, y él cree que en breve plazo los que ahora titubean se decidirán, y serán muchos los que sigan su ejemplo. Nosotros participamos también de sus esperanzas.

Sin embargo, el demonio del cisma y sus esclavos obstinados no duermen tampoco, y ya ha habido manejos y se han dirigido acusaciones al Gobierno presentando como sospechoso al Ilmo. Abdallah, con el fin de conseguir su destierro del país. Pero nosotros no tememos estas maniobras, porque no tienen fundamento alguno y están mal dirigidas, y tenemos la seguridad de que con ellas sólo se conseguirá confirmar al Prelado en su resolución, y alejarlo todavía más de los jefes de su antigua Iglesia.

Confío podré daros en breve la historia de esta Misión, en la que trabajo hace diecinueve años. Por hoy me limito á deciros que casi todos nuestros neófitos, convertidos del cisma griego, han perseverado, y aun aumentan en ciertas poblaciones. Se han construido algunas iglesias; excelentes sacerdotes están ya al frente de las parroquias que carecían de pastores, y se han abierto algunas escuelas. Así nuestras doce nuevas parroquias, en pueblos antes enteramente cismáticos, quedarán pronto provistas de todos los auxilios indispensables. Gracias, pues, al Señor, á las oraciones de nuestros asociados y al celo de nuestro Patriarca griego católico y de su Vicario por los distritos de Hosson, Sofita y Akkar, el bien que comencé se confirma y aumenta.

Estamos, sin embargo, muy lejos de poder prescindir de vuestro concurso pecuniario. ¿Qué son doce porciones de pueblos ganadas á la Iglesia, al lado de sesenta poblaciones en las que todavía no hemos sentado nuestros reales? *Longa restat via!* Algunas de ellas han hecho ya instancias para ser recibidas en la Santa Iglesia católica. Si vacilamos en atenderlas, es porque en tal caso hay que darles lo más pronto posible escuela y capilla, y proveer al mantenimiento del maestro y del párroco. La Misión tiene ya á su cargo, en estos tres distritos, doce escuelas, y el Patriarca cinco ó seis, que

es todo lo que podemos hacer con nuestros recursos actuales. Sería conveniente abrir diez escuelas, sobre todo para las niñas, pues no tenemos ninguna. Es incalculable el bien que con ellos haríamos.

Para desarrollar el bien comenzado, y aumentar el número de pueblos católicos, nos falta, pues, algún aumento de recursos pecuniarios, que esperamos recibir merced á los generosos bienhechores de la Obra de la Propagación de la Fe.

Me tomo, pues, la libertad de recomendar á vuestros piadosos lectores esta pobre é interesante Misión, en la que pueden esperarse consoladoras conversiones. Si no acudimos con nuestro celo y nuestros auxilios, el Protestantismo y el cisma ruso se apoderarán de las almas que hoy se nos ofrecen.

GOLFO DE GUINEA

Una residencia más.—Fiesta de San Pedro en San Carlos.—Celo de nuestros neófitos

El R. P. Armengol Coll, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde Santa Isabel el 16 de Julio próximo pasado:

ESTAMOS ya establecidos en Musola; contamos con una nueva trinchera para ir desalojando de estas tierras al demonio, que tanto tiempo ha estado en posesión de ellas. Es Musola un lugar muy pintoresco, situado en la bahía de San Carlos, á unos quinientos metros sobre el nivel del mar, donde se goza todo el año un clima primaveral, con una vista hermosa de paisajes los más caprichosos y variados, ríos de aguas frescas y cristalinas, caza abundante en sus bosques, etcétera. A no estar tan distante de la capital, sin caminos ni vías de comunicación, hubiera sin duda servido admirablemente al objeto á que fueron destinados sus edificios. Algo hemos tenido que sufrir por esta causa. Los primeros días estábamos sin los utensilios y muebles más indispensables. Sin embargo, se nos hacía tan llevadero, que no nos causaba apenas molestia alguna; y en caso de necesidad, un pozal boca abajo nos servía de silla; hojas secas de caña, tendidas sobre el piso, valían para cama; de manera que estábamos muy bien en lo referente al cuerpo. Lo que más sentimiento nos causaba eran los celos de los bubis. Aunque en diferentes ocasiones, al atravesar la isla los habíamos visitado y hecho algunos regalos; á pesar de asegurarles que nuestra misión era de paz, no había medio de despreocuparlos: aseguréles que con el tiempo se desengañarían, persuadiéndose de nuestros rectos móviles; y con esto cesó en gran parte su prevención. ¡Pobrecillos! Su culto al demonio tiene por base el miedo, como que es imposible sea el amor, y así también á nosotros nos tienen miedo, y hemos de probar con obras que los amamos de veras para creerlo.

A los pocos días ya nos traían de regalo miel, algunas piezas de caza, vino de palmera y lo que ellos acostumbraban entre sí. No obstante, nosotros nos limitábamos por entonces á corresponder con creces á sus presentes, y no les podíamos hablar de religión, porque los hubiéramos alejado de nosotros; el campo no estaba todavía en disposición de recibir la semilla divina del Evangelio, y hay que esperar algo todavía y prepararlo. Confiamos

que la gracia del Señor no nos faltará, así como tampoco las oraciones de las almas buenas, para atraer del cielo la lluvia de la gracia para aquellos corazones.

Con motivo de mis viajes á Musola tuve que pasar en nuestra Casa Misión de San Carlos, sita en la bahía de este nombre, el día de San Pedro, patrón del R. Padre Sala, superior de aquella Misión. Es el referido Padre muy querido de los bubis, tanto cristianos como gentiles, por haberse dedicado, con mucha paciencia, á curarles sus enfermedades sin distinción. De manera que ahora no hay dificultad que no le consulten, ni penas que no le confíen, ni cuestión en que no intervenga. Esto hizo que extendiéndose la voz de que el 29 de Junio era el *ripeló ro Páteri*, se hicieran los muchukus un deber de venir á saludarle y traerle presentes de cabras, ovejas, etc., que el Padre no quiso recibir para no serles gravoso. Nuestro naciente pueblo de veintinueve casas se vió aquel día muy concurrido. Dos cosas contribuyeron á que á los pobres indígenas les pareciera solemne la fiesta: las funciones religiosas y el buen trato que les dispensaron nuestros neófitos. Efectivamente, hubo aquel día comunión general muy concurrida; siguióse á ella el bautismo de una mujer de cincuenta años; acto seguido se bendijeron dos matrimonios, y se cantó la Misa con harmonium por primera vez. Y como este instrumento había sido comprado hacía dos días, contribuyendo todo el pueblo, les causaba doblada satisfacción. Después de la Misa procedióse á la bendición de la nueva casa preparada para los recién desposados, quienes tomaron luego posesión de ella acompañados de sus amigos.

Nuestros neófitos anhelan mucho aumentar su pueblo y convertir á sus paisanos, por lo cual, en ocasiones como la presente, se esmeran todo lo posible á fin de ganarles el corazón. Era de ver cómo los recibían con los brazos abiertos á gentiles y protestantes, que también asistieron algunos. Luego les preparaban de comer con mucha solicitud, hacían que asistiesen á las funciones, y por la noche les cedían su cama, mantas, y lo poco que en su pobreza poseían, todo era para obsequiarlos. Y al hablar entre sí decían en español:

—Tratémoslos bien, que alguno se quedará.

Esto era para nosotros los misioneros de más satisfacción que todo lo demás de la fiesta. Confiamos que algún fruto resultará de sus cuidados, tan propios de un buen cristiano.

En días como éstos desearía yo trasladar allá á nuestros bienhechores. Allí verían lucir las prendas de ropa que confeccionan con tanto trabajo, los abalorios, las mantillas, faldas, etc., con lo cual todos hacen fiesta, cosa bien difícil sin estos objetos, porque no podríamos contentarles, y sin alegría no hay fiesta. El Señor premie largamente á las almas generosas su desprendimiento; algún día quizá se vean en el cielo rodeados de almas que en este mundo no conocieron, pero á cuya conversión contribuyeron poderosamente.

Así se lo desea quien les agradece de corazón sus donativos y no los olvida en sus pobres oraciones.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO.
POR EL R. P. FR. ENRIQUE VAGAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PRE-
DICADORES.

XII

La prisión (conclusión)

A l presente los mayores esfuerzos del Perú se dirigen de Moyobamba á Yurimaguas, para entrar en el Marañón por el hermoso y simpático río Gualлага; de aquí al Pongo, 180 millas de distancia, está casi abandonado, y no prometiéndose ningún porvenir por ahí los peruanos, déjalo ya para nuestras ricas provincias de Loja y Cuenca, que miran por ese lado dicha y ventura aunque lejanas.

En toda la salida del Pongo á la margen izquierda, es una situación topográfica sin rival, en un clima templado é inmejorable por hallarse al pie de la cordillera, en un terreno de magníficas producciones y como centro de comercio entre el mundo andino y el amazónico, el capitán D. Diego Baca de Vega salió de Loja al Marañón, según unos en 1619, y según otros en 1634, y fundó la linda ciudad de San Francisco de Borja. Esta ciudad sirvió como de principio y de base para la célebre Misión de Mainas, fundada por los Jesuítas en 1637.

Borja tuvo su época de grandeza y decadencia, sufrió mucho en las rebeliones de los salvajes contra los españoles, ha sido atacada diferentes veces por los jívaros, hasta que al fin fué destruída en 1845 por los huambisas.

Conociendo la importancia y necesidad de una población en este punto, para facilitar la apertura del camino por el Pongo, Lino Olearia estableció ahí una colonia de soldados peruanos el 31 de Julio de 1870; meses después la colonia pereció de inanición, por no habersele prestado auxilios oportunos. De esta suerte ha quedado el campo franco y desocupado, de lo que legítimamente nos pertenece, para fundar la población que debe servir de puerto marañónico y de llave al comercio del Asuay y Loja con Europa, ya viniendo en alas del vapor hasta Borja, ya yendo con la rapidez de la locomotora hasta ese mismo punto.

El majestuoso y tranquilo Morona desagua en el Marañón 62 millas más abajo de Borja; y 26 millas más abajo del Morona está situada á la izquierda la miserable población de Barranca, tan floreciente en otro tiempo, y ahora casi completamente arruinada por la tiranía sobre el indio del blanco comerciante ambicioso.

A 5 millas de Barranca, por el lado derecho, desemboca el río Cahuapanas; y algunas leguas hacia el interior, sobre las orillas de este río, hallábanse las poblaciones de Cahuapanas y Chayabitas, fundadas por los Jesuítas en 1640, y en la actualidad casi completamente destruídas.

A 17 millas de Cahuapanas, á la derecha del Marañón, queda la pequeña población de San Antonio, formada por el resto de la gente de Borja, después de su destrucción. Actualmente esta población está convertida en una especie de hacienda, cuyos habitantes son todos esclavos de diferentes dueños.

A 6 millas más abajo de San Antonio reúnese con el Marañón nuestro gran Pastaza, que lo conocemos.

Al frente del Pastaza, cruzando el Marañón, é internándose en el bosque unas cinco leguas, como de sorpresa se nos presenta el antiguo y hermoso pueblo de Jeveros, fundado también por los Jesuitas en 1640. Jeveros ha tenido una gloria sin rival en el Oriente, ha sido largo tiempo la capital de la Misión de Mainas; sus habitantes, numerosos, dóciles, de carácter inmejorable, han servido de consuelo al misionero, y sobre ellos se han derramado, con todo el fervor y cariño del sacerdote, las divinas bendiciones del cielo. Actualmente los pocos habitantes de Jeveros, que se han escapado de la crueldad y ambición de comerciantes peruanos, no han perdido su bella índole y magníficas cualidades; pero frecuentemente su bendito suelo se ha convertido en guarida de malvados, y esos inocentes indios han sido fustigados con el azote de grandes escándalos y crímenes horrendos.

El río Guallaga tiene su confluencia con el Marañón 26 millas más abajo de la reunión del Pastaza con éste; y la hacienda de San Lorenzo, para mí tan memorable, cuyo dueño es Resurrección Ríos Tuesta, hállase en todo al frente de la desembocadura del Guallaga. Ahí arribé el 18 de Septiembre de 1892, saludé al dueño de casa y á mi paisano Adolfo Valverde.

Hasta aquí he reseñado ligeramente lo más notable de Mainas, desde el Pongo hasta el Guallaga, distancia de 180 millas.

En años anteriores al que nos referimos frecuentemente surcaban buques y lanchas á vapor ya el Pastaza, ya el Morona, ya también el Pongo, sea por vía de exploración, sea por comercio, sea por estudios geográficos; mas echada al olvido ya esta gran parte del Marañón, ahora rara vez rompen las ondas las alas del hélice de un buque; y más bien se ha regularizado una línea de vapores del Pará á Iquitos y de Iquitos á Yurimaguas, población situada sobre el Guallaga á 103 millas de su entrada en el Marañón.

Por conocer Yurimaguas y por tomar ahí el buque que debía conducirme á Iquitos, marché á esa población en compañía de Resurrección Ríos Tuesta, Adolfo Valverde y Demetrio Beltrán.

Yurimaguas es población antigua reducida por los Padres misioneros Jesuitas Cujia y Cueva por el año 1646: Muniches, que dependía de Yurimaguas, hallábase un poco más al Sur y formaba, por este lado, el límite de la célebre Misión de Mainas: á principios de este siglo, las dos poblaciones tenían unos quinientos habitantes. Como punto de escala entre el Guallaga y la ciudad de Moyobamba, Doroteo Arévalo fundó Balsapuerto en 1822, y fué la capital de la suprefectura del Bajo Amazonas. Mas en 1888, aumentada notablemente Yurimaguas con blancos peruanos y extranjeros, habiendo crecido el comercio y quedando establecida la línea mensual de vapores de Iquitos á Yurimaguas, fué ésta declarada capital de la suprefectura y abandonada Balsapuerto.

Yurimaguas, á la orilla derecha del Guallaga, á 103 millas de su desembocadura en el Marañón, es población de 1,000 almas; hay casas de teja algo regulares; la topografía del suelo bastante irregular, el radio de población sólo de tres cuartos de legua; hállase circuida de bosque por todas partes, y á los cuatro costados enciérranle los ríos Guallaga, Shanusi, Chambira y Para-

pura. El subprefecto de Yurimaguas en el año 1892 era Ramón Bernales, limeño de origen, comandante de un cuerpo de tropas en la guerra del Pacífico.

El exgobernador de Andoas Resurrección Ríos Tuesta, tenía, cerca del puerto, su casa en Yurimaguas; como era natural, diéronnos hospedaje ahí á Demetrio Beltrán, amigo íntimo de Ríos Tuesta, á Adolfo Valverde, esposo de la sobrina de Ríos Tuesta, y á mí, para ellos convidado ilustre, á quien Ríos Tuesta y Beltrán prodigaban aparentemente consideraciones sin medida.

Agradecido yo de tanta fineza, traté de despedirme con sentimientos de verdadera gratitud: había llegado el vapor *Sabiá*, debía marchar á Iquitos y quise embarcarme en él. En ese momento acércanse á mí Beltrán y Ríos Tuesta y á nombre de Ramón Bernales me indican que debía irme á la subprefectura, acompañado de Adolfo Valverde.

Fuimos los cuatro: Ramón Bernales, con el ceño airado, interpelló á Valverde:

—¿Quién entregó las alhajas de la iglesia de Andoas, y quién las recibió?

—Yo las entregué, dijo Valverde, ante la actitud hostil de los indios, quienes las recibieron por inventario efectuado por el P. Vacas Galindo.

—Todas esas son farsas, contestó el terrible subprefecto, para engañar á otros y no á mí: el Sr. Vacas Galindo ha venido á ejercer en territorio ajeno jurisdicción que no la tiene; Valverde es un cómplice, y Ríos Tuesta el origen de este crimen, por no haber obedecido en entregar personalmente las alhajas á los andoanos. Por consiguiente, todos tres quedan arrestados y presos hasta nueva disposición.

Herido vivamente:

—Protesto, contesté con energía, contra tan gratuita acusación y contra tan arbitrario arresto, y apelo al derecho de gentes para reclamar mi libertad y proseguir como pacífico transeúnte al término de mi destino.

—No le valdrá á V. ninguna protesta, porque tengo fuerza para hacerme obedecer.

—Hay una fuerza mayor que la suya, es la fuerza de la razón y del derecho; y hallándome yo revestido de esta fuerza, proseguiré adelante mi camino.

—No hay fuerza mayor en Yurimaguas que la de que yo dispongo; por tanto de fuerza ó de grado tendrá V. que someterse á ella.

—¡Protesto contra tan bárbaro despotismo y tan inaudita arbitrariedad, indignos aún del sultán de la Sublime Puerta!!!

—Rechazo tal protesta: mi voz, mi mando y mi energía son absolutos en Yurimaguas, y no admiten contradicción de ningún género; Ríos Tuesta queda arrestado en su propia casa; Vacas Galindo y Valverde se los entregó á la vigilancia de Ríos Tuesta, quién responderá de ellos, y sino...

Con profundo pesar el 22 de Septiembre, vi romper las ondas del Guallaga al *Sabiá*, y zarpar á Iquitos; mientras yo me quedaba preso en Yurimaguas, donde empezó para mí una larga serie de indecibles trabajos, hasta que arrostrando no pocos peligros, pude refugiarme en el Brasil.

ARAUCANÍA

Correrías apostólicas que en el año 1895 hizo el R. P. Fr. Felipe S. Bórquez, prefecto del colegio de Castro, acompañado del R. P. Fr. Marcos Bustamante.

EN los primeros días del mes de Octubre del año pasado, empecé la visita oficial que debía practicar en las casas misionales sujetas á nuestra jurisdicción. Esta visita tenía por objeto primario ayudar á los operarios evangélicos de nuestro Colegio en las visitas que anualmente hacen á las Reducciones de indígenas, y como fin secundario, ver personalmente los adelantos operados en el año en la administración de cada Misión.

administrarles el sacramento del santo Bautismo, al mismo tiempo que uniríamos también con los indisolubles lazos del matrimonio á cuantos quisieran. Recuerdo que ese día era un día tempestuoso, igual á los días lúgubres que se presentan en la plenitud del invierno. Habría podido retardar su viaje; pero el soldado de Cristo no teme el peligro, busca con ansia la oveja perdida, y no descansa hasta que alegre la ha devuelto incólume al redil del Pastor de nuestras almas.

Cumplió exactamente el R. P. Bustamante el itinerario que le había designado: á las cuatro y media de la tarde tomó el tren en Angol, llegando á Saucos á las cinco y media. Allí tomó caballo y visitó las Reducciones de Saucos, Huadaba, Curanilahue y otras. En estas idas y venidas ocupó cuatro días, dirigiéndose después á



COREA.—Tipos indígenas. (Pág. 447)

Desde el principio comprendí que el enemigo más formidable que tenía que vencer era el tiempo, si tomamos en cuenta que éste se mostró muy lluvioso en el año 1893. Efectivamente: en Octubre no declinaron las lluvias; muchas veces tuve que suspender las tareas evangélicas para dar paso á la encapotada atmósfera que se mostraba inclemente, impidiendo la asistencia á las distribuciones cotidianas á que asistía el pueblo fiel y mis queridos mapuches.

A fin de facilitar más nuestra obra evangelizadora y social á la vez, ordené que el R. P. Bustamante saliera de Angol el 25 de Septiembre, y que anunciara á las Reducciones de indígenas la palabra de Dios, á quienes luego confirmaríamos en la fe cristiana, después de

Lumaco á cumplir, en unión del R. P. Fr. Bernardino Saldivia, la misma comisión que le había encomendado. Llegó á esta Misión en la tarde del día 29 de Septiembre, habiendo recorrido más de veinticinco leguas á caballo. Tuvo el consuelo de ser recibido por los caciques y hacendados vecinos como un enviado del Señor.

En todas partes le rogaban encarecidamente se detuviera un día más para oír la voz de su Pastor que les anunciaba las verdades del Evangelio, y todo cuanto necesita el alma pecadora para recobrar la gracia de Dios perdida por el pecado.

Una vez que llegó á Lumaco se puso de acuerdo con el R. P. Saldivia: juntos acordaron el itinerario que debían practicar en pro de la cristianización de la raza

araucana. Sabido es por los que conocen la antigua frontera araucana el crecido número de indígenas que habitan en las inmediaciones de Lumaco; son tantos que, según cálculos aproximativos que tiene esta prefectura apostólica, la indiada perteneciente á Lumaco no baja de siete mil indios. De advertir es que todavía los misioneros, por falta de recursos, no han podido penetrar en los escabrosos y enmarañados cajones montuosos de la cordillera de Nahuelbuta, ignorándose, por tanto, el número de indios que haya de Lumaco, Lleu-Lleu, Comude, Peillahuen y otros lugares que no consingo por no perder el tiempo ni perder el hilo de esta relación.

Desde muy temprano del día 1.º de Octubre empezaron su marcha hacia Pichi-Lumaco y otras Reducciones que se interponen hasta Purén, lugar que dista de Lumaco siete largas leguas. Se detuvieron tres días en evangelizar á los indios y prepararlos para nuestra visita.

El R. P. Bustamante llegó á Cañete á tiempo para solemnizar el 4 de Octubre.

Celebrada esta fiesta con la devoción que inspira un día tan grande, empezó nuevamente, en unión de los misioneros de Cañete, sus trabajos apostólicos. Debían recorrer las Reducciones de Caicupil, Peleco, Caramávida, Collico, etc., y después acercarse á la costa de Lebu para visitar esas Reducciones que desde mucho tiempo no habían visto á sus queridos *patirus*.

En estas visitas el R. P. Bustamante, el reverendo P. Fr. José del C. Oyarzun y el R. P. Fr. Antonio de J. Bórquez tardaron ocho días, quedándose el primero en Lebu y sus alrededores durante quince días para recobrar las fuerzas extenuadas en tan penoso y largo viaje.

Cumplíase, entre tanto, el tiempo en que ambos debíamos compartir tan laboriosa Misión. Salí de ésta el día 6 de Octubre, vía Concepción y Curanilahue: tomé caballo en esta estación, distante de Cañete catorce leguas, las que hice en el día. A consecuencia de las no interrumpidas lluvias los caminos estaban intransitables; varias veces temí me sucediera alguna desgracia; pues había que marchar á paso de tortuga, á riesgo de quedarse en el camino, expuesto á las acechanzas de los bandidos que pululan en esas regiones. Tarde llegué á Cañete, siendo aguardado por los misioneros, quienes esperaban diera principio á la Misión que desde tiempo atrás les tenía ofrecida.

Ocho días permanecimos en Cañete ocupados en predicar las verdades eternas á ese pueblo fiel, que jamás ha desoído la voz de los misioneros. En estos días no ahorramos sacrificio alguno, á fin de que nuestra permanencia fuera fructífera tanto á los hijos del pueblo como á los indígenas. Unos y otros dieron á conocer, con su asistencia, el interés con que aceptaron esos días de retiro espiritual.

Al fin de la Misión habíamos distribuido la Sagrada Eucaristía á 1,187 personas, de éstas 25 niños de primera Comunión. En las visitas que hicimos en las distintas Reducciones de indígenas bautizamos 68 indígenas, los que recibieron también el santo sacramento de la Confirmación. Además se casaron 16 parejas. Entre los indígenas recién bautizados había varios ancianos, los que humildemente imploraron la gracia del bautismo, á la que muchas veces habían resistido.

Existe entre los indígenas una superstición diabólica que ocasiona graves perjuicios á la propaganda de la fe católica. Dicen «que los bautizados viven poco, que luego se mueren, que se empobrecen, que la casa de los cristianos está llena de calamidades.» Por más que el misionero procure darles á conocer las ventajas sociales que la Religión proporciona á las familias y á la sociedad en general, no siempre es fácil convencer á una gente ruda é ignorante, que desde tiempo inmemorial ha vivido sumergida y atada al carro nefando de las supersticiones gentílicas. El enemigo jurado del hombre, el demonio, no quiere abandonar todavía sus antiguos reales. Mas, esta creencia infernal de los pobres araucanos no hace eco general entre ellos; porque en muchas Reducciones, sin excepción alguna, todos son cristianos y obedientes á la voz de la Iglesia.

No pude, por el mal estado de los caminos, alcanzar á la antigua Misión de Tirúa; los ríos estaban invadables, y nos exponíamos á sufrir un percance en esa larga marcha. Habiendo tropezado con esta clase de inconvenientes, que no los podía vencer el celo apostólico que nos animaba, determinamos dejar á Cañete y trasmontar la famosa cordillera de Nahuelbuta, camino obligado del viajero que quiere llegar á Purén y Lumaco.

Salimos á la cinco de la mañana de Cañete para tomar el vapor en la laguna de Contulmo, á fin de ahorrar siete largas leguas de un camino poco menos que intransitable. Aunque el tiempo se había mostrado propicio, no dejó de llover en todo el día. Casi en todo el camino no hay más techo que los robles seculares y el inmenso espacio del firmamento.

Cerca de las tres de la tarde llegamos á Purén: refrescamos nuestras cabalgaduras, y antes que avanzara la tarde emprendimos la marcha á Lumaco, llegando á esta Misión á las siete de la tarde. La distancia que separa á Cañete de Lumaco por el camino de Contulmo será como de veinticinco leguas.

Antes de dar cuenta de todos los trabajos apostólicos practicados en esta Misión quiero dar una mirada retrospectiva hacia la Misión de Cañete, en lo que atañe á los trabajos materiales:

Los misioneros en poco tiempo han colocado su Misión en un estado envidiable. Con los recursos que les proporciona la caridad pública y otras pequeñas economías, en el trienio que termina, consiguieron levantar una capilla de 30 metros longitud por 10 de ancho; tiene á uno y otro lado corredores de dos varas de ancho, en el mismo orden que los tenía la casa que habitan. A ambos corredores les han puesto galerías, las que contribuyen á la conservación y embellecimiento de los edificios. En este mismo tiempo levantaron una construcción para cocina, y lo que es más todavía, iniciaron y concluyeron el edificio de la escuela misional, que tiene 20 metros de largo por 7 de ancho.

Por los trabajos que dejo anotados puede juzgarse cuánto han hecho en el último trienio, tomando en cuenta la escasez de recursos de que actualmente disponen nuestros misioneros. Tanto la capilla como el colegio están prestando comodidad y utilidad al pueblo de Cañete, cuyos sacrificios pecuniarios se hallan compensados con el celo que despliegan los misioneros encargados de velar por el adelanto moral y religioso de su

hijos. Personalmente felicité á los misioneros por su espíritu emprendedor y por el celo de la gloria de Dios que los anima.

Dejemos de una vez á Cañete y prosigamos nuestra relación.

En Lumaco esperábamos sacar mayores bienes que en Cañete. Luego veremos la ruta que debíamos trazar antes de dar principio á la correrías apostólicas. Informado convenientemente por el superior de esa Misión, R. P. Fr. Bernardino Saldivia, resolvimos centralizar nuestros trabajos en la Reducción del prestigioso cacique José Luís Marileo. Instalados allí, dimos aviso á las Reducciones de los otros caciques á fin de que, unidos como en una sola familia, todos recibieran las mismas instrucciones y consejos que les dispensa el misionero.

Nuestro llamamiento fué oído favorablemente, porque desde muy lejos venían á casa de Marileo, y allí formaron su morada numerosos indígenas durante cinco días, que permanecemos evangelizando á nuestros queridos mapuches.

El cacique Marileo es uno de aquellos indígenas afe-rrado á sus antiguas costumbres. Hombre de un talento natural, que comprende perfectamente las ventajas de la Religión, conoce que la poligamia es la ruína de su raza y la degradación abominable de los pueblos; pero no tuvo fuerza de voluntad para aceptar el matrimonio cristiano. Hombre que está á las puertas de la eternidad, pues cuenta más de ochenta años, aunque no los representa, y todavía tenía en su casa nueve mujeres. No había día que no dedicara largas horas á instruirlo y convencerlo para que á todas ellas diera parte de sus bienes, porque es muy rico, y formara su hogar con una sola á fin de que en la hora de su muerte pudiera entregar su alma á Dios y no á Satanás.

Hubo momentos que la incertidumbre se apoderó de su corazón, y á no dudarlo, la gracia de Dios operaba en su alma uno de aquellos milagros en que se hace patente la gracia cuando el pecador detesta el pecado y se convierte á su Creador. Un día, después que celebré el santo sacrificio de la Misa en uno de los corredores de la casa, resolví renovar mis esfuerzos. Llegó á decirme que despediría á sus mujeres y que se casaría con una sola. Esta era una niña joven que hace dos años la tiene en su casa, hija del cacique Huenchechal. Fué tan grande la alegría que se apoderó de mi alma, que inmediatamente di gracias á Dios; y pedí porque este león no volviera otra vez á sus antiguas guaridas. La pobre niña gozaba más que yo, porque era cristiana, y se iba á colocar como señora de su casa.

Después del medio día se levantó una furiosa tormenta en la casa de Marileo. Cuando las otras mujeres conocieron que iban á ser repudiadas, se convirtieron en fieras furiosas. Era de ver á ocho indígenas lanzar tales improperios contra Marileo y sobre todo contra mí. Creció tanto el alboroto que, sobreponiéndome á toda consideración que se debe tener á la mujer, las reprendí severamente, y obligué á Marileo que se hiciera respetar como cacique y como hombre de honor. Un solo grito dió; pero con tal fuerza y furor que todas ellas corrieron á encerrarse en la *ruca*, y desde allí sólo oímos el murmullo de aquellas mujeres enfurecidas contra el sacer-

dote que les llevaba la salud del alma y el bienestar de ellas mismas.

Habíamos arreglado un local á propósito para celebrar el santo sacrificio de la Misa, retirado, por cierto, de las habitaciones del cacique. Debemos hacer notar que nuestro amigo Marileo tiene casa tejada, lo que constituye una excepción entre los indígenas; por lo general sólo construyen *rukas* pajizas, bajas y con una sola puerta.

Muy cerca de las doce daba principio á la Misa, les explicaba la doctrina cristiana, y concluida esta distribución empezábamos á bautizar los neófitos y á administrarles el santo sacramento de la Confirmación.

(Se concluirá).

PATAGONIA SEPTENTRIONAL

Por la Pampa y las Cordilleras

DESPUÉS de casi un año y medio que no escribo á V. R., dice el R. P. Domingo Milanés, salesiano, no por otra cosa sino por falta de tiempo y por no tener á quien confiar la correspondencia, por haberme internado en las Cordilleras, lo hago ahora con júbilo desde Chile, á donde me han traído importantes asuntos, para darle noticia de mis excursiones apostólicas entre los indios y pueblos civilizados de la Patagonia, desde Mayo de 1894 á Octubre del 95.

Habiendo terminado la fructuosísima Misión dada desde Patagones hasta Chubut á fines del 1893, y la otra no menos fructuosa desde Chubut hasta Chile á principios del 94, emprendí varias otras sobre las fronteras de Chile y en la vastísima Pampa Patagónica, que, gracias á Dios, me han dado magníficos resultados.

Cuatrocientos treinta y siete cristianos nuevos.— Un viajecito de cinco mil kilómetros.— Fertilidad de las landas patagónicas.

Si mal no recuerdo, la última vez que escribí á V. R. le decía que había administrado 263 bautismos, de los que á 245 indígenas, 300 confirmaciones, más de 300 comuniones con otras tantas confesiones, y unos 15 matrimonios; pero ahora con gran satisfacción puedo añadirle que administré 255 bautismos á indígenas, 182 á civilizados, 400 confirmaciones, 4,700 confesiones y 4,200 comuniones. Las confesiones y comuniones tuvieron efecto en gran parte en la frontera de Chile, mientras que las confirmaciones y cuatro quintas partes de los bautismos en las tierras patagónicas.

He visitado la mayor parte de las familias pertenecientes á las tribus araucana, pampa y tehuelche, de las que las dos últimas habitan el centro de la Patagonia, distribuyendo á todos el pan de la divina palabra, animando á abrazar la fe católica á los que aún no estaban bautizados, y exhortándoles á todos á vivir cristianamente y á ganarse el propio sustento.

En estos dos años pasados he recorrido de este modo el vicariato del Ilmo. Sr. Cagliero desde un extremo al otro, y resulta, con los tres viajes hechos á Chile, que he andado nada menos que 5,000 kilómetros.

He recorrido igualmente toda la gran Pampa que se extiende majestuosa desde el Atlántico hasta los An-

des, por áridos desiertos, por montes y valles, donde habitan especialmente los indígenas, y donde el suelo es seco como el clima, pues que llueve poco y sopla un viento casi continuo; no obstante, el terreno está regularmente cubierto de pasto y de arbustos, prestándose muy bien para el cultivo en varios puntos, lo que me hace creer que con el tiempo se fundarán también aquí pueblos y ciudades como en otras partes de la Patagonia: al presente existen ya tres pueblos á orillas del río Chubut, y sus habitantes se hallan en buenas condiciones de prosperidad, debido á varios canales de riego que han hecho desde treinta años á esta parte.

Buen corazón y viva fe de una indígena cristiana

Durante esta larga Misión he podido experimentar una vez más cuán buen corazón tienen los indígenas de la Pampa para el misionero, y con cuánta docilidad escuchan su palabra. Una rigurosa noche de invierno, mientras daba vueltas por el corazón de la Pampa con mi compañero catequista, tropezamos con una toldería de indios: apenas nos acercamos á ella empezaron á ladrar numerosos perros, y salieron los indios de sus toldos: yo les saludé en lengua indígena, y ellos habiéndome reconocido, me devolvieron cordialmente el saludo, pues á algunos los había yo bautizado años antes. Mientras nos saludábamos una buena mujer fué á su toldo, y en menos que lo cuento volvió con palos y pieles, acompañada de otra mujer, y en cinco minutos nos levantaron una choza, que se nos hizo más agradable que un palacio, sirviéndonos de habitación por todo el tiempo de la Misión en aquella toldería.

La caritativa india cuidó además de prepararnos algo de comer, y como se hiciera sentir mucho el frío, nos invitó á calentarnos, probando viva satisfacción en repetirnos las cosas aprendidas acerca de Dios, y hablándonos con tanta fe y entusiasmo, que nos dejaba muy maravillados.

Pero no contenta con hacernos conocer cuánta fuese su instrucción religiosa, se valió de ésta para hacer el oficio de apóstol entre sus paisanos, induciendo á venir al Catecismo aún á los más indiferentes; y si alguno más obstinado no se dejaba vencer por sus exhortaciones, se volvía á mí afligida, rogándome con lágrimas en los ojos que fuese yo mismo á esta ó aquella choza, diciendo que mi palabra les convertiría, porque era palabra del Señor; y aun en estos casos me precedía preparándome el camino y exhortando á todos los que tenían mujer para que se hiciesen bendecir por el misionero celebrando el matrimonio como lo manda la Santa Iglesia católica.

¡Dios, Nuestro Señor, bendiga y recompense á esta buena india, y suscite entre los indígenas y entre los pueblos civilizados muchos imitadores de su caridad, de su fe y de su ardiente celo por la eterna salud de sus prójimos!

En la tribu de los tehuelches.— Pomposa acogida.— La buena Amuycar.— Al almuerzo del cacique

Un domingo de Cuaresma nos encontramos con una tribu de tehuelches, situada á cien leguas más hacia el Sud de la sobredicha toldería, á la otra parte del Río

Mayo y en la orilla de un lago cristalino. Por lo que pude conocer después, en aquella tribu no había más que una cristiana, pero habiendo sabido mi llegada entre ellos, se presentó al cacique aconsejándole que me recibiese con la mayor solemnidad posible. Se vistieron todos de fiesta, izaron una bandera sobre el toldo del cacique, poniéndose todos en fila en el sitio por donde debía yo pasar, y á mi arribo se pusieron á cantar un cierto estribillo que verdaderamente aturdió más bien que deleitaba, pero como aquélla era la expresión de sencillos corazones, ingenuos y llenos de reconocimiento, fué grande mi gozo y alegría al ver tan bien preparado y dispuesto el terreno para recibir la palabra y la gracia de Dios.

Terminado el canto se aproximó á mí una viejecita llamada Amuycar, bautizada diez años hace, la única cristiana que había aún en la tribu, y con cierta confianza me dió la mano como á un antiguo amigo, é imitando su ejemplo, todos los otros hicieron lo mismo. Acto seguido, Amuycar, para asegurarme que no se había olvidado de la Religión que yo le había enseñado, me tomó el Crucifijo que me pendía del cuello, lo besó con devoción y á voz en grito empezó á decir:

—Yo le conozco á Este: es el Hijo de Dios, que murió en cruz para librarnos del infierno.

Y continuando en presencia de todos, me repitió los misterios de la Unidad y Trinidad de Dios, las verdades sobre el fin del hombre, sobre la inmortalidad del alma, sobre el paraíso y el infierno, haciendo varias veces la señal de la cruz como para confirmar cuanto decía, dejando á todos admirados que recordase aún tan bien las cosas que había una vez aprendido del misionero.

Concluidas las ceremonias del recibimiento, y acabada la hermosa confesión de la anciana Amuycar, el cacique dió órdenes para que al momento se me levantase un toldo ó choza poco distante de la suya, y llegada la hora del almuerzo me convidó á su mesa, á lo que condescendí de buena gana. Servía de mesa un tronco de árbol y de silla una gran piedra; el plato común era de última moda: el vientre mismo de un avestruz asado. Los dedos nos servían de trinchante, y como único instrumento de mesa teníamos un cuchillo no poco enmohecido, que nos hacía gran servicio en aquella necesidad. Nos sentamos con muy buen apetito, y despachamos el plato, hasta que nos encontramos con el solo tronco lleno de pringue.

Aproveché tan buena ocasión para hablar al cacique de las cosas de Dios y del alma, y arreglar con él el plan de la Misión, que resultó de inmenso beneficio para aquellas almas, pues todos recibieron el santo Bautismo, y para mí de indecible consuelo.

Nacimiento del futuro cacique y alegría de la tribu.— Valor, indole y costumbres de los tehuelches

Sería como la media noche del afortunado día en que llegamos á aquella tribu tehuelche, cuando de repente una improvisada música, acompañada por ladridos de perros, vino á despertarnos de nuestro profundo sueño: ¿qué había sucedido? un hecho que bien podía festejarse, pues que había nacido el hijo primogénito del caci-

que, que debía sucederle en el gobierno de la tribu, por lo que reunidos todos los indios al rededor del toldo de su jefe, tocaban y cantaban lo siguiente:

—¡Feliz el padre y afortunada la madre de tal hijo! ¡Que lo proteja el Grande Espíritu! ¡Lejos siempre de él el Espíritu del mal! ¡Crezca sano y robusto adquiriendo valor con la edad, para que proteja algún día nuestra nación y la defensa de los asaltos de nuestros enemigos!

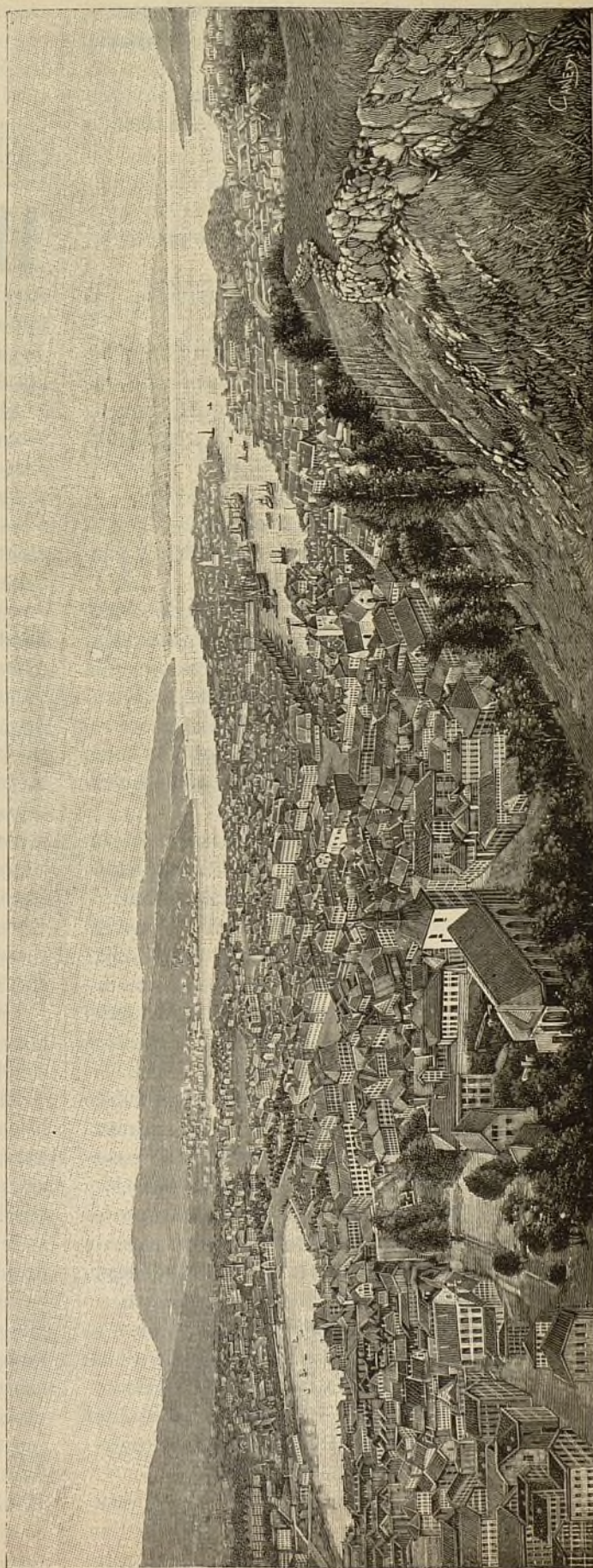
Estos indios tehuelches, aunque menos belicosos que los araucanos, y al rumor de guerra se esconden en sitio seguro, no obstante, cuando se presenta la ocasión, saben también combatir y defenderse con intrepidez y valentía: su índole es muy buena, inclinada especialmente á las obras de caridad: llevan también vida nómada, procurándose el alimento con la caza del guanaco y del avestruz, y el vestido con tejidos hechos por ellos mismos: los hombres, como los de las otras tribus, están inclinados á la embriaguez, pero la mujer al contrario, es parca, modesta, y siempre ocupada en los quehaceres domésticos, y entre ellos, antes que estuvieran en poder del Gobierno argentino, estaba establecida la pena de muerte para la mujer que fuera infiel á su marido.

Al lago Nahuel-huapi.—Un sacrificio al Grande Espíritu.—Docilidad de los indios á las palabras del misionero.

Llegada la hora de separarnos, me dirigí al Nahuel-huapi, lago el más grande de la Patagonia y que se podría llamar el rey de los lagos patagónicos, sólo que para llegar á él hay que hacer doscientas leguas por desiertos interminables, por inmensos valles y por montañas altísimas, donde ora hay candidísimas nieves que hielan los miembros, ora bosques espesos en los que es muy fácil extraviarse á quien no vaya acompañado de un experto guía, ora verdes prados, ora, en fin, terrenos sembrados por la misma naturaleza de coloradas fresas. A las orillas del lago Nahuel-huapi, que quiere decir *Isla del tigre*, los reverendos Padres Jesuitas fundaron el año 1700 una floreciente Misión, que desgraciadamente duró poco, pues en el de 1714 fué destruída por los mismos indígenas bárbaros, los cuales prendieron fuego á la Casa de los buenos Padres que aquí vivían, é hicieron en ellos horrible carnicería, por lo que al presente apenas viven en estas riberas algunas familias de indios y otras tantas de blancos, especialmente argentinos y chilenos.

Un día que fuí á visitar un grupo de estos indígenas, les sorprendí en el momento de celebrar una solemne función ó sacrificio al Grande Espíritu que ellos llaman *Gne-che*, siendo conocido dicho sacrificio bajo el nombre de *Camaricuy* ó *Camarujo* y que consistía en esto: Habiendo inmolado un cordero, recogieron la sangre en una vasija para las aspersiones, des-

pues extrayéronle el corazón y lo suspendieron á una de las tres lanzas que tenían clavadas en el suelo, como símbolo del poder, alrededor de las cuales se debía danzar: después, limpios los huesos de toda carne, ésta la guisaban en una marmita, mientras que aquéllos los enterraban con mucho respeto: sin que faltara el *pulcu*,



NORUEGA.—Vista de Bergen. (Pág. 448)

especie de vino hecho con frutas, muy embriagador y á propósito, por lo mismo, para las orgías ó borracheras que siguen al sacrificio.

Hombres y mujeres engalanados estaban sentados en torno de las tres lanzas, mientras la pitonisa ó sacerdotisa con un tambor al cuello tocaba y cantaba la siguiente oración:

«Tú, Gran Espíritu, que eres el único omnipotente, que has hecho el mundo y lo gobiernas, ten compasión de nosotros.

«En nuestras aficciones tú nos consuelas.

«De ti nos viene todo bien. Por ti produce la tierra y maduran los frutos.

«¿Quién podrá, pues, igualar tu poder?

«Nuestros hijos son tuyos.

«Si poseemos ovejas, vacas ó caballos, es por tu voluntad.

«Por tu voluntad produce la tierra el grano, las patatas, las cebollas, los ajos y los piñones.

«Cuando el campo sufre sequía, muere el pasto, y entonces enflaquecen y mueren los animales; pero tú que eres bueno y tienes entrañas de misericordia, escucha nuestros gemidos, acoge nuestras súplicas y mándanos la lluvia.

«En los sueños, hálbanos y revélanos la verdad.

«Y si el enemigo avanza contra nosotros, bendice tú estas lanzas, é infúndenos valor para combatirlo y vencerlo.»

Estas y otras cosas cantaba la sacerdotisa, mientras que el auditorio la escuchaba con respeto y atención, repitiendo con fuerza algunas de las palabras que ella pronunciaba: de vez en cuando se levantaba otra mujer, que mojando los dedos en la sangre del cordero rociaba las lanzas y el suelo, pasando entre tanto un joven á refrescar la boca de los presentes, presentando á cada cual una taza de *pulcu*.

El misionero, que conoce con qué excesos de embriaguez y disolución concluyen estas ceremonias, especialmente cuando en ellas toman parte algunos civilizados de nombre, pero que son mucho peores que los mismos salvajes, no puede absolutamente callar y dejar que continúen tales infamias: por otra parte, estos indios en general son dóciles, y escuchan de buena gana la voz del enviado de Dios; así que yo me presenté á ellos y en alta voz, interrumpiendo á la pitonisa, les dije que yo, misionero y sacerdote de aquel verdadero Dios, á quien ellos querían honrar con aquel rito supersticioso, había venido de países lejanos para enseñarles á conocer á este verdadero Dios, y á amarlo y servirlo en el modo que El quiere ser honrado por los hombres, que de esta manera irían después á gozarle por siempre al paraíso, y que por lo mismo abandonasen al momento aquel lugar y se retirasen á sus toldos.

A mi indicación y como movidos por un resorte se alzaron, abandonaron aquel sitio y se retiraron en un amplio toldo, rogándome que fuese á instruirles de cosas tan hermosas, á lo que yo accedí teniéndoles, por aquella primera vez, más de una hora recogidos enseñándoles el conocimiento del verdadero Dios.

En los días sucesivos continuaron viniendo á escucharme con placer, por lo que pude explicarles los fundamentos de la doctrina cristiana, preparándoles á to-

dos á recibir el santo Bautismo, y el último día que quedé entre ellos, asistieron todos con edificantísimo continente á la Santa Misa. Antes de partir les administré también el sacramento de la Confirmación. ¡Que el Espíritu Santo que sobre ellos ha bajado, les conserve siempre en gracia de Dios y les mantenga fuertes para reñir sus batallas!

JOLÓ (Filipinas)

Bendición de la nueva iglesia de Siassi

El R. P. Estanislao March, de la Compañía de Jesús, en carta escrita desde Joló el 21 de Junio de 1893, dice al R. P. Juan Ricart:

Mi muy amado en Cristo Padre Superior: Por fin ha podido verse cumplido lo que tanto había deseado, y que era á la vez objeto preferente de los Sres. de Tapia y Escobar, capitán comandante P. M., y teniente comandante respectivamente del destacamento de Siassi, esto es, la bendición de la bonita iglesia que allí dichos señores y colonos han levantado.

Al efecto, el día 12 embarqué en el cañonero *Leyte*, acompañado de doce músicos y algún otro vecino de aquí. Zarpamos sin novedad alguna, con mar tranquila, tocando las músicas varias piezas. Pero como por ensalmo, á las dos horas, ó menos, se cierra el horizonte con viento fuerte y agua menuda que tan pronto venía de babor como de estribor. El buque, que tiene un andar de seis millas, cortaba con su proa las olas, que estrellándose contra ella levantaban una nube de blanca espuma: al dar fondo frente á la colonia de Siassi, después de un viaje de ocho mortales horas, que me hizo llevar la amabilidad de su digno comandante el Sr. Serantes, tocó la música, animando sus ecos al gran número de moros, paisanos y chinos que habían acudido al pantalán, al tener noticia de avistarse el cañonero; si bien ya no nos aguardaban por los mares duros que barruntaban encontraríamos. El comandante de la colonia Sr. Tapia, y el Sr. Escobar, comandante de la fuerza, nos aguardaban; nos dimos un apretado abrazo, y acompañados de la música fuimos á la casa comandancia, donde tengo siempre mi alojamiento.

La campana que les regaló el R. P. Pastells, hace poco colocada en su lugar, llenaba de alegría á todos los colonos.

El día siguiente pasé á bendecir la bonita iglesia fabricada de mampostería y tabla; el techo es de hierro galvanizado, destacándose sobre su fachada un bonito campanario. Es de una sola nave, é igual en dimensiones á la que por subscripción de un periódico de Madrid se levantó en Consuegra, después de las últimas inundaciones. Tiene sacristía, presbiterio, púlpito fijo, con su tornavoz, confesonario, baptisterio cercado, con su pila muy capaz y mayor que la de Joló, con sus divisiones interiores para el agua que se ha de derramar sobre el que se bautiza y su recipiente; todo bajo bonita cubierta que remata en su centro, algo más elevado, con una cruz; tiene coro, que á pesar de ocuparlo los doce músicos y cantores en dicho día, sobraba lugar. El altar está hecho con arte, y en su única hornacina se ve una preciosa escultura de la Purísima, regalo, lo propio que seis ricos jarrones del Japón con sus ramos

de flores, alba, manteles y un buen número de corporales, de la excelentísima señora Condesa de Caspe. Además hay un sencillo Vía Crucis en sus paredes, y en el baptisterio una oleografía de San Juan bautizando al Salvador.

Adornada la iglesia hasta con lujo, una vez bendecida conforme al Ritual se presentó la tropa del destacamento con armas, con su banda de gastadores, cornetas y la música. Mandábala su distinguido comandante señor Escobar. Habiéndose colocado en su lugar el señor de Tapia, de gran gala, señora del Sr. Escobar, y cada uno en frente de hermosos almohadones que dicho señor ha costado, se empezó la misa de Gounod, núm. 3 (en *sol* mayor), cantada y tocada por los referidos músicos. Asistieron muchos moros y moras con recogimiento, admirados de la solemnidad que jamás habían visto. Prediqué, y al principio algunos moros cuchicheaban: supe después que la razón fué porque creían que el Padre regañaba, cuya idea se les quitó pronto, pues les dijeron que lejos de regañar, decía el Padre que los moros de Siassi eran buenos, y que debían de ser sumisos á España. Durante la elevación todos se arrodillaron, lo que fué de mucha edificación. Por la tarde después de celebrados cinco bautizos y dos casamientos, se rezó el santo Rosario, y salió una larga y bonita procesión, que tardó más de una hora en volver á la iglesia. Abrían la marcha la cruz y ciriales, llevados por sacristanillos, con sus sotanas encarnadas y roquete; seguían alumbrantes; venía un estandarte lujoso de raso azul, con fleco muy ancho de seda blanca, con dos largos cordones que bajaban de sus extremos superiores, en el centro una bonita imagen de la Purísima; venían otros alumbrantes; luego la Virgen en *unas andas graciosas*, con flores naturales y artificiales, semejando un aromático jardín, precediendo dos niñas vestidas de mestizas arrojando á la Virgen flores; seguía el preste con capa pluvial blanca, teniendo á sus lados alumbrantes paisanos; el gremio de chinos: seguían en pos los dos señores oficiales referidos, de gran gala, cerrando el piquete la gloriosa y triunfal procesión. Se me olvidaba decirle que el pendón fué regalado por un chino; y una bonita araña de cuatro luces muy artística fué regalo de dichos Sres. Tapia y Escobar.

Estos señores se han hecho acreedores á toda suerte de agradecimiento, pues, después de Dios, á ellos se debe todo, trabajando con sus propias manos en la obra de la iglesia.

El día siguiente hubo Misa de velaciones, muchas confesiones, lo propio que el día 14; y se rezó un responso por los difuntos de la colonia. Durante las Misas tocó siempre la música.

Ha sido de gran efecto y será de muchas consecuencias tal fiesta: los moros han podido comparar la magnificencia del culto católico con las cuatro insípidas mogigaterías de sus panditas. Ya decían después, que es mucho mejor y más bello que el de los moros. Hablé con varios datos que se presentaron el día siguiente, quienes manifestaron sentimiento por no haber sabido iba á celebrarse la fiesta, pues deseaban haber asistido. Entre estos datos había uno de unos quince años, muy bien vestido, enfermizo, que me manifestó mucho afecto: todos prometieron visitarme aquí en Joló.

El día 24, Dios mediante, vamos á trasladarnos á la nueva casa, para la cual nuestro muy reverendo Padre General dió la limosna, como V. R. sabe, de 2,000 pesos. La obra ha salido artística, religiosa y sólida, y ha sido dirigida por D. Manuel Santiago Torrejón, del cuerpo administrativo del ejército.

La casa es de mampostería, por ser casi imperceptibles aquí los fenómenos seísmicos. El techo está formado por dieciséis mil tablitas venidas de Sandakan, de donde me vino toda la madera, que es sumamente barata, y tanto que parece un sueño. El Señor se ha manifestado visiblemente en la construcción de esta casa. Ahora es de imprescindible necesidad echar mano á la iglesia, que no sólo desdice al lado del convento, sino que parece un camarín más que iglesia.

EXCURSIÓN AL PAÍS DE LOS ESHIRAS

POR EL P. BULEON, MISIONERO DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

III

Lo que es un tratante.—Una tribu de enanos.—
En las montañas.—Una gruta

A MEDIDA que adelantamos, más escabroso es el terreno, la marcha más penosa, y más frecuentes las aldeas. En todas partes se nos acoge con simpatía. Decididamente esos eshiras son buena gente. A porfía nos traen regalos. Hasta ahora los víveres abundan, y uno de los portadores lleva áuestas un verdadero gallinero ambulante.

Por la noche pedimos hospitalidad al pueblo de Albani-Shongo, que dícese es de los más poblados de la tribu eshira, y está admirablemente situado junto á uno de los afluentes de Ofuwu, al pie del monte Ayumbi. Me dirigí á la choza de un tratante nkomi, quien nos brindó hospitalidad.

Hállanse en el interior del Africa, á veces á muy largas distancias entre las tribus más ignoradas, esos hombres á quienes se apellida tratantes, y los nkomis son numerosos en esa categoría de cosmopolitas. El tratante, acompañado de su mujer y un hijo si lo tiene, abandona su pueblo, llevándose telas que con frecuencia ha tenido que pedir prestadas, y por tierra ó por agua emprende el viaje. Si le detiene un obstáculo, aguarda uno ó dos años, si es preciso; esto le importa poco: nada es el tiempo para el negro.

Al llegar por fin á una localidad favorable á su comercio, negocia, se procura amigos, y cuando menos se piensa vuelve á la costa cargado de caucho y de marfil, que revende á los europeos. Su fortuna ha doblado ó triplicado: el blanco le hace un préstamo, y el tratante vuelve al interior con mayores riquezas. Realiza entonces considerables beneficios y compra esclavos, y cuando al cabo de algunos años reaparece en su país, el blanco que le prestó ya no vive allí; la deuda queda olvidada, y nuestro hombre vende sus productos á otro comerciante; funda una aldea, reúne su familia y se hace proclamar jefe.

Durante su permanencia en el interior se da aires de gran personaje. Como es rico tiene muchos amigos: á

veces sabe leer y escribir, y pasa por un oráculo; su prestigio, si sabe conservarlo, es entonces ilimitado.

El tratante propónese también otro objeto al vivir lejos de su país. En el interior encuentra los fetiquistas más famosos, quienes le venden amuletos y fetiquios de todo género, que cuando regresa, imponen á todos respeto y terror.

Partió joven, casi niño, y vuelve hecho ya un hombre, de rostro severo, habitualmente picado con los colores que indican los terribles fetiques de que es propietario.

Habla sentenciosamente, tiene numeroso séquito de mujeres y esclavos, y es rico y temido.

El tratante que esta vez nos dió hospitalidad no tenía el aspecto muy repulsivo; supo obsequiarnos de una

—Pero amigo, ¿á dónde vas tan temprano?

—¡Ah, blanco, la vida es muy dura en estos tiempos! Voy á cazar al bosque.

Y luego se despachó á su gusto haciendo uso de la palabra largo tiempo para decir poca cosa.

A medida que hablaba su fisonomía infantil fué adquiriendo la gravedad de un anciano; su ademán era solemne, y su vocesita adquirió esas notas que hacen estremecer, adivinándose al verdadero salvaje en aquel pequeño socialista de la selva.

No era ciertamente un muchacho quien nos hablaba de aquella suerte: formaba singular contraste su cuerpo minúsculo con sus pies gruesos y sus anchas manos terminadas en dedos enormes: su cabeza de niño empezaba á encanecer.



NORUEGA.— Parte del ferrocarril de Bergen á Vossevangen. (Pág. 449)

manera verdaderamente simpática, y portóse de suerte que los habitantes de la aldea no desmintieron el buen nombre del jefe Ambana ausente.

Al ir á continuar la marcha el día siguiente, presentóse uno de los portadores diciéndome:

—Hay aquí alguien que desearía verte, y como no creo te incomode su visita, he creído deber presentarlo; helo aquí.

Y vine en presencia de un hombrecillo de algo más de un metro, que se acercó tendiéndome la mano á la europea, y manifestando que tenía mucho gusto en verme.

No me pude resolver á despedirme de él sin medirle. —Quiere mandar hacerte un frac, insinuó uno de los asistentes.

Medía un metro veinticinco centímetros.

No se crea que este viejecito sea una excepción.

Encuétranse pigmeos en todos los puntos de Africa.

El Maqués de Compiègne advirtió su presencia en el Alto Ogowé; Cameron y Schweinfurth los mencionan también; en el curso de sus viajes el Sr. de Brazza encontró gran número de ellos en medio de diversas tribus.

Los nombres con que son conocidos varían con las comarcas. Aquí les llaman akowas; allá bongos; mientras en otras partes, y me inclino á creer que tal es su

verdadero nombre, se denominan ellos mismos ajongos.

Su talla varía de un metro veinte á un metro cincuenta centímetros. Tres caracteres les distinguen de las otras tribus africanas: su corta talla, su tez y cabello amarillentos, y sus costumbres vagabundas (1).

Si éste nos interesó tanto no fué por la rareza de su especie, sino por su locuacidad y la importancia que afectaba darse. Como otro de sus congéneres no era más que un pobre esclavo.

(1) Sucede con los ajongos como con todas las cosas. La regla general no carece de excepciones: hállanse á menudo tipos ajongos que no reúnen estos tres caracteres, pero tienen siempre uno ú otro, y es curioso observar que la tez de aquellos que alcanzan una talla más elevada es más amarilla y la cabellera más roja.



NORUEGA.—Parte del ferrocarril de Bergen á Vossevangen. (Pág. 449)

Pero los ajongos ¿forman una tribu distinta?

A pesar de las vacilaciones de los viajeros creemos poder responder afirmativamente; y aun hay motivo para creer que esta raza que se relaciona con los buschmanos del Sur y de la que se encuentran representantes á orillas del Nilo, fué la primitiva del Africa. Los watuas del Tanganika y del Tana, sobre los cuales el Ilmo. Le Roy ha publicado un interesante estudio, parece pertenecen á esta familia de pigmeos. Este es un interesante problema etnográfico cual discusión sólo corresponde á los sabios.

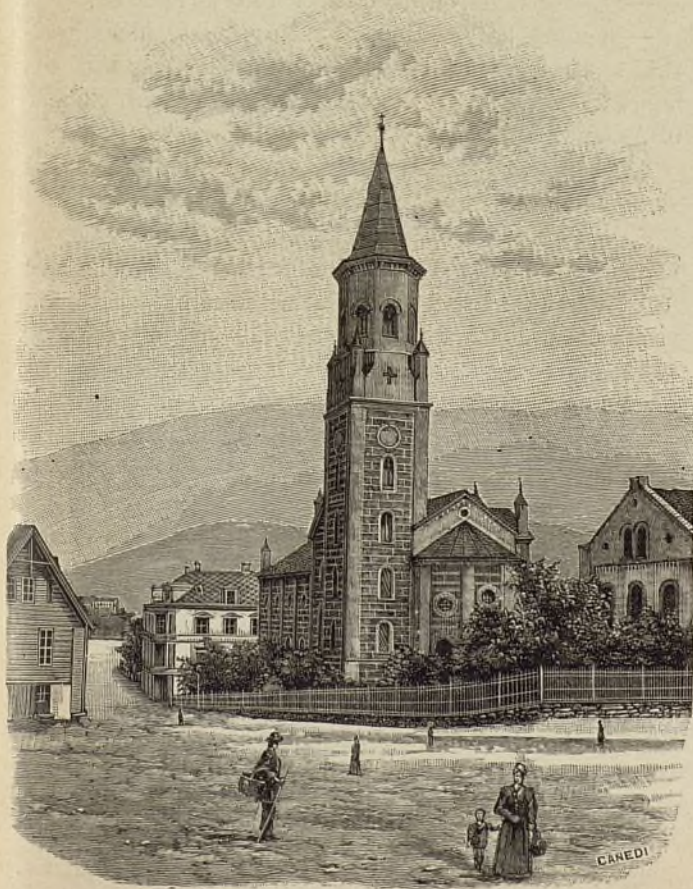
Esta raza nómada, vagabunda y de espíritu independiente, tiene su lengua propia, pero su idioma se modifica al contacto de los diferentes pueblos que frecuenta. Sin embargo, los ajongos conservan siempre su individualidad distintiva; y cuando se reúnen para vivir en común, ó para sacudir una sujeción odiosa, usan constantemente el idioma de sus antepasados.

Viviendo exclusivamente de la caza y de los frutos del bosque, no construyen aldeas, y les preocupa poco el cultivo. Una gruta natural, el hueco de un árbol, una estera tejida con hojas y pendiente de cuatro palos, esto les basta. Se tienden en el suelo, duermen tranquilamente, y el siguiente día se van más lejos.

Es raro que hagan fuego, á no ser que quieran permanecer algunos días en el mismo lugar, y entonces lo aprovechan para forjar sus dardos y lanzas.

Estos ajongos de Africa ofrecen algunos rasgos de semejanza con los bohemios y ladrones de niños que tanto atemorizaban en otro tiempo á nuestros padres.

Son vengativos y se entregan á actos de espantosa crueldad. A veces, en la obscuridad de la noche, se deslizan cautelosamente por las malezas del bosque, y destruyen una plantación y asolan campos enteros, llevándose lo que les place. Acércanse á las aldeas con tanta habilidad como los tigres, y arrebatan á los niños de los brazos de sus madres entregadas al sueño. El



NORUEGA.—Iglesia católica de Bergen. (Pág. 448)

día siguiente hállanse á trechos cadáveres atravesados por flechas envenenadas. Los ajongos han pasado por allí, pero es imposible dar con ellos, y no es prudente perseguirles, pues conocen todos los escondrijos del bosque: un árbol, una roca, una mata son suficientes para ocultarles, y en el momento en que pasa su enemigo una traidora flecha le deja sin vida.

El traje de los ajongos es de la mayor sencillez: desdénando el uso de las telas tejidas, con la corteza de un árbol que llaman *mponde* se hacen unos calzones muy originales.

Descortezan el árbol, baten la corteza hasta reducirla á un estado muy flexible y tenue, y luego la secan al sol, obteniendo así una especie de estera cuyo tejido suave se presta muy bien á los usos á que se le destina. Sujeto por delante con una liana, este calzoncillo de nuevo género pasa entre las piernas y va á desplegarse en la parte posterior en forma de abanico.

Los que viven en la esclavitud visten como sus tribus, y llegan á ser los favoritos de sus dueños merced á su habilidad en tirar el arco; pero es raro que sean fieles: á la menor contrariedad huyen, para continuar en el bosque su existencia vagabunda.

Apenas habíamos pasado el río que corre al pie del pueblo de Ambana, cuando una ascensión poco grata nos dirigió hacia las montañas. Contorneamos el monte Ayumbi, cuya cabeza permanecía aún oculta entre los vapores de la mañana.

Aquí el paisaje reviste un carácter verdaderamente grandioso y encantador. Pasamos junto á torrentes que bajan con estrépito de la montaña, mientras allá arriba, en la corona de verdor que nos ocultaba el cielo, entonaban las aveillas sus armoniosos cantos.

Cualquiera se creería en un valle pirenaico. Hay allí el mismo aire embalsamado, el mismo salto de las aguas sobre las rocas, los mismos torrentes arenosos en los que jugaba yo hace veinte años bajo otro cielo.

¡Ay! aquella edad no vuelve, y esas aguas que no ha poco corrían rumorosas á mis pies tan alegremente, á su vez han cedido su lugar á otras, y tampoco volverán.

Súbitamente Ngonda se detuvo y nos invitó á entrar en una gruta magnífica formada por un monolito de nueve metros de largo por unos tres de grueso, descansando por la parte anterior en otras dos rocas, y por la posterior en una sola piedra que constituye la pared del fondo.

—¿Quién hizo esta casa, Ngonda?

—¿Quién la hizo? ¿Qué sé yo? Supongo que por sí sola, á no ser obra de algún espíritu. Soy harto joven para decidir estas cuestiones. ¡Vaya una idea! ¡Hacer tales preguntas á un guía! Yo soy guía; lo demás no me atañe.

Entre este dolmen y los de Locmariaker hay singulares semejanzas. Dícnos que existen aún otros dos en la comarca, y pueden ser explicados por algún trastorno geológico. ¿Qué más natural que hallar una gran piedra, detenida por otras más pequeñas y formando con ellas una caverna? Esta es evidentemente la hipó-

tesis más probable; sin que pueda afirmarse sea absurdo pretender que nos hallamos en presencia de la obra de los hombres.

Hállanse en la India, en Siria y en Europa monumentos de los primeros tiempos que nos hablan de la industria de nuestros antepasados, y que nos prueban que tenían á su servicio útiles y máquinas que nosotros desconocemos. Así las ruínas del templo de Baalbek en Siria, y las piedras de Carnac y Locmariaker en Bretaña, nos muestran monolitos de veinte metros de longitud por cuatro y cinco de grueso, que fueron levantados, superpuestos y alineados por la mano del hombre.

Nada prueba, pues, que no sea ése uno de aquellos trabajos gigantescos llevados á cabo por una generación más vigorosa que la nuestra.

Sea como fuere, no se descubre en esta gruta inscripción alguna, lo que no es de extrañar, pues los negros carecen de nociones de escritura, y raras veces hacen inscripciones. Tan sólo les he hallado dibujos en los instrumentos músicos y en la columna principal de su choza de Buiti.

A medio día nos detuvimos en un pueblo situado en la cúspide de una montaña, semejando una fortaleza de la edad media.

El viejo Ndinga, que gobernaba aquel nido de águila, nos hizo excelente acogida, y como le preguntase por qué se encumbraba tan alto sobre sus compatriotas, me contestó:

—Blanco, hay cosas que no se discuten. Reino aquí porque mis antepasados reinaron, y mis sucesores conservarán las tradiciones de sus padres.

—¿Este pueblo, pues, es muy antiguo?

—Siempre ha existido. Si recorres las aldeas eshiras, te dirán que un día están en una parte, y otro día han transportado á otro sitio sus penates; pero Nchumbi Ashonda nunca ha cambiado de lugar.

Al oír esto quedé pensativo, pues Nchumbi Ashonda significa en eshira el descendimiento de Dios.

—Mi pueblo se apellida así, añadió Ndinga, porque Dios es quien reina en estas alturas.

Y la mano del anciano describió un círculo en el horizonte. En torno nuestro montañas de mil variadas formas, y valles magníficos ofrecían encantador aspecto. Ndinga, advirtiéndome mi entusiasmo, me preguntó:

—Y bien, blanco, ¿no es verdad que es hermoso el país de Ndinga?

—Sí; pero estas montañas ¿no tienen un nombre?

—Unas lo tienen, y otras no. ¿Ves estos puntos oscuros en el cielo? Son los montes que bordean nuestras llanuras; cuando llegues allá te nombrarán algunos. Tocante á los que nos rodean, no hemos creído deber darles nombre.

Algunos antiguos mapas españoles y portugueses indican aquí los Montes del Espíritu Santo, llamados tal vez así del nombre de este pueblo eshira.

Por la tarde la marcha no fué muy penosa; más bien parecía un paseo por el bosque. A las cinco y media llegamos á la aldea de Ndyambyela, donde el jefe Agneva se encargó de hacernos olvidar las fatigas del día dándonos una hospitalidad de las más cordiales.

FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

VI

Lutgarda Ni, virgen y mártir.—1802

Nació Lutgarda en la capital por el año 1782, de nobilísima familia. Su padre descendía de la raza real, y aunque había perdido su título de príncipe, todavía era uno de los jefes más influyentes del partido Nam-ni, tan adicto al rey. Sus dos hermanos, Carlos y Pablo, tuvieron la gloria de dar su vida por Jesucristo.

Lutgarda estaba dotada de carácter resuelto, corazón afectuoso é inteligencia superior, cualidades preciosas que su esmerada educación desarrolló á maravilla. Su infancia transcurrió bajo la vigilancia de su piadosa madre, que crió á sus hijos en el temor de Dios. El Padre Tsiu vacilaba en admitirla á los Santos Sacramentos á causa de su tierna edad. Mas, sintiendo ya el precio inestimable de los dones de Dios, encerróse en su aposento, y empezó á estudiar y á prepararse con tanto ahínco, que el Padre le permitió hiciese la primera Comunión. Para conservar los frutos preciosos de la Eucaristía consagró á Dios su virginidad.

Contaba á la sazón catorce años, y su piadoso proyecto debía encontrar grandes dificultades. En Corea todas las jóvenes deben tomar estado, y sería cosa inaudita, sobre todo en las clases elevadas de la sociedad, contrariar la costumbre general y la opinión pública sobre este punto. Felizmente para ella, el P. Tsiu, que había aprobado su promesa, conocía á un joven que también deseaba vivir en la continencia para entregarse enteramente á Dios.

Este joven, llamado Juan Niu, hijo de Augusto Niu, era noble y muy rico, y después de vencidas algunas dificultades se efectuó el enlace en 1798.

Ambos hicieron luego voto de castidad, y se aplicaron á vivir con mayor fervor. La joven mostróse constantemente tan pacífica y atenta que nunca tuvo contienda alguna con los individuos de su nueva familia. Para todos era un modelo, y su virtud y piedad fué admirada de propios y extraños. Su marido era digno de su virtuosa compañera, y considerábasele uno de los más fervorosos cristianos de la provincia. Unión muy admirable á los ojos de los Angeles y de los hombres, y que pronto debía santificarse con el sufrimiento y la persecución.

En la primavera de 1801 Juan Niu fué preso con su padre y algunas otras personas de su familia, pero quedó solo encarcelado en la ciudad de Tsien-tsiu. Criado en el lujo, obligáronle á llevar muchos meses sus pesados vestidos de invierno, que pronto exhalaban olor nauseabundo y cubriéronse de insectos. No le quitaban la canga ni de día ni de noche; pero á pesar de este prolongado suplicio y de otras torturas que le hicieron sufrir, permaneció inquebrantable.

Pronto recrudesció la persecución, y le llegó su turno á Lutgarda. El día 15 de la nueva luna la encarcelaron con el resto de su familia, y apresuróse á escribir á su madre para consolarla. He aquí la carta de la piadosa

mártir, cuyo estilo tan sencillo é ingenuo nos revela cuán dócil había sido su alma á las inspiraciones de la gracia:

«A mi madre.

«En medio de las emociones causadas por los acontecimientos que me han sobrevenido, pienso en vos, madre mía, y deseo daros á conocer mis sentimientos. Aunque me halle en vísperas de morir, no os aflija esto demasiado, y someteos tranquilamente á los misericordiosos designios de Dios...

«El tiempo, madre mía, es como la chispa que salta del pedernal, es de poca duración. Hago votos al Altísimo para que todos los parientes nos unamos en el cielo gozando eternamente de la visión de nuestro Padre común...

«Oigo decir que mi hermano Carlos, detenido en la capital, ha confesado valerosamente la fe. ¿Cómo agradecer debidamente al Señor esta gracia? ¡Madre mía, os felicito por esta dicha!

«...Y vos, cuñada mía, no os entristezcáis con exceso, pues grande es vuestra suerte de ser la esposa de un mártir. En este mundo unidos con los lazos de la sangre ó del matrimonio, y en la eternidad padres, hijos, hermanos esposos, gozando de la dicha eterna, ¿no es una cosa verdaderamente bellísima y consoladora?

«Os lo repito, rechazad toda tristeza y turbación, y considerad que el mundo es vano y engañoso.

«Año Sin-iu, el 27 de la novena luna (3 de Noviembre de 1801).—Vuestra hija, NIU-HEI.»

Conforme se dice en esta carta, Carlos, el hermano mayor de Lutgarda, fué reducido á prisión en la capital. La encumbrada nobleza de su familia, sus grandes cualidades y su nacimiento le designaban al furor de los perseguidores. Era muy adicto á la fe, y para no comprometerla supo retirarse del comercio del mundo.

En la prisión mostró al principio mucha firmeza, y aunque pareció flaquear un poco á la vista de los terribles suplicios con que se disponían á martirizar su cuerpo endeble, la fe le dió fortaleza, y perseveró hasta la muerte. Poco tardó en conocer la suerte que le aguardaba, pues todos los cristianos que caían en manos de los perseguidores, sólo salían del pretorio para ir al suplicio. En efecto, Carlos Ni fué degollado el 30 de Enero de 1802, á la edad de veintidós años.

Dos meses antes de que Carlos Ni consumase su martirio en la capital, Augusto Niu había sido condenado á muerte en su provincia como rebelde. Sus dos hijos, uno de ellos Juan Niu, el esposo de Lutgarda, fueron comprendidos en la misma sentencia, según la ley coreana, y murieron estrangulados el 14 de Noviembre de 1801. Los otros miembros de la familia habían sido condenados al destierro. Fué preciso obligar á Lutgarda á que saliese de la prisión.

—Según la ley, decía al mandarín, todos los cristianos deben ser condenados á muerte: pedimos ser ejecutados pronto.

¡Palabras de celo que la sencillez y el ardor de la fe deben excusar en aquella heroína como en tantos otros Mártires de los primeros siglos de la Iglesia!

Los jueces no le hicieron caso, y Lutgarda, bien á su pesar, tuvo que tomar el camino del destierro con sus compañeros. Apenas habían andado algunas leguas cuando una contraorden del mandarín los volvió nuevamente á la cárcel.

Previendo la suerte que le esperaba, Lutgarda escribió entonces una carta á su hermana y á su cuñada: es la relación de los temores, esperanzas y emociones que había experimentado desde su salida de la casa paterna. Muchas familias piadosas de Corea conservan todavía una copia de esta carta, concebida en estos términos:

«Tomo la pluma para pedir noticias de mi hermano Carlos, pues estando yo también presa, nada puedo saber de él. Desde que me vi separada de mi familia, todo mi deseo era dar la vida por Dios, y me preparé al efecto lo mejor que pude.

«Al principio me encerraron en Siu-kap-t'ien, y luego en otra prisión donde hallé á mi suegra, mi tia y mis dos cuñados; presos también. Todos resolvimos mantenernos firmes como la piedra y el hierro. La gracia de Dios no nos abandona: el gozo espiritual aumenta en nuestras almas, y no nos preocupamos por las cosas del mundo...

«Juan, mi esposo, ha dado ya su sangre por Jesucristo, y él que me guardaba tantos miramientos, ahora que está en el cielo no dejará de rogar para que yo no desfallezca. ¡Oh! ¡cuándo, saliendo de esta cárcel, podré ir á ver á nuestro gran Rey y Padre común, á la Reina del cielo, á mis parientes y á mi fiel Juan, para gozar con ellos la bienaventuranza!—NÍU-HEL.»

Sus deseos de dar la vida por su Maestro fueron pronto satisfechos. Su hermano acababa de ser decapitado, y el mandarín después de sentenciarla á muerte, mandó que le rompiesen los dedos de los pies, lo mismo que á los demás presos. Según piadosa tradición no experimentaron ningún dolor al aplicárseles tan bárbaro martirio.

Al ser conducida al suplicio, Lutgarda, conservó todo su valor y alentó á sus compañeros, mientras que Mateo, uno de sus cuñados, de solos quince años, predicó á la multitud con fervor extraordinario en tan tierna edad.

El verdugo quiso despojar á Lutgarda de sus vestidos, pero ella le rechazó con palabras llenas de pudor cristiano. Se descubrió el cuello, y sin permitir que le atasen las manos presentó su cabeza al verdugo. Sus compañeros fueron también decapitados.

Así consumó su martirio á la edad de veinte años. Su piedad y sus virtudes, y especialmente su amor á la pureza, la prepararon é hicieron digna de tan dichoso fin.

EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

XI

Bergen y sus alrededores.—En camino hacia Trondhjem.—Santa Sunniva

LEGAMOS á Bergen (*V. el grabado, pág. 441*) al cabo de cinco días de haber salido de Cristianía. Llovía á la sazón, como casi siempre, en aquel país. El pluviómetro señala en Bergen un metro ochocientos

treinta y cinco milímetros al año, y así no es de extrañar que el capitán de una embarcación virase de bordo al acercarse á la ciudad, viendo que no llovía en ella, pues creyó haber equivocado la ruta. Esta abundancia de lluvias, unida á una temperatura que casi nunca es inferior á cero, produce allí una vegetación y una flora como raras veces se halla en el centro de Francia. Bergen debe al Gulfstream su temperatura elevada y la abundancia de sus lluvias, condensadas en torno de las altas cimas de las montañas que rodean la ciudad y le han hecho dar su nombre.

En Bergen tenemos una hermosa y vasta iglesia (*Véase pág. 445*), y para nuestros dos sacerdotes una casa, que contiene además nuestras escuelas y una Comunidad de Franciscanas para el cuidado de los enfermos á domicilio.

Cuando llegamos, nuestros compañeros estaban reunidos para los ejercicios de retiro. Asustáronse al ver el lamentable estado á que me había reducido la enfermedad, y á todo trance querían que desde luego me metiese en cama. Neguéme á ello obstinadamente, y gracias á los asiduos cuidados del médico y de las Religiosas pude predicar el retiro, cantar la Misa pontifical, administrar la confirmación, inspeccionar las escuelas, y levantar el plano del hospital que nuestras Hermanas desean construir en un magnífico terreno que les hemos cedido al lado de la iglesia. Este proyecto espera aún su realización; pero desde que un representante de la oficina de viajes Cook de Londres, el Sr. Dr. Scharlach, á quien nuestras excelentes Religiosas cuidaron en Bergen, generosamente ha organizado en Inglaterra una subscripción en favor de este establecimiento, confiamos ver á no tardar su inauguración.

Bergen es una de las ciudades más interesantes de Noruega. Fué fundada y erigida en obispado á fines del siglo XI. Su catedral, construída en el siglo XII, encuéntrase por desdicha en manos de los protestantes, lo mismo que la notable iglesia de Santa María, construída en el mismo siglo XII, y que los protestantes han conservado, por verdadero milagro, en el mismo estado, comprendidos los cuadros y estatuas de la Santísima Virgen y de los Santos. Como antigua ciudad anseática, Bergen adquirió tal importancia y opulencia, que en el siglo XVII su comercio eclipsaba el de Copenhague, y á principios del siglo actual el de Cristianía. El *Tydskebyggen* (barrio alemán), con la hilera sin fin de sus almacenes, el Museo anseático y el de la ciudad publican aún las glorias de la antigua Bergen. Hoy cuenta 55,000 habitantes, y si ya no domina nuestros mares como en tiempo en que tenía el monopolio del comercio en todo el Norte de Noruega, rivaliza sin embargo en todos sentidos con las mayores ciudades del país.

La población de Bergen se distingue por una viveza excepcional entre los noruegos. Son gentes alegres y sociables, y cantan como ruiseñores. Así nuestra parroquia de Bergen se envanece con razón de poseer el mejor coro de toda nuestra Misión, aunque sus órganos tengan que luchar contra una ronqueza crónica á causa de la constante humedad del aire.

Transcurrieron ocho días. En las horas libres mis amigos me acompañaron á interesantes excursiones á los alrededores de la ciudad, á las montañas grandiosas que la dominan, y á los senos y recodos de los *fjords*, que por todas partes penetran en sus flancos. Sobre todo me hicieron admirar el ferrocarril de Vossevangen (*V. los grabados de las págs. 444 y 445*), obra maestra del genio humano.

Heme ya de nuevo en camino para la antigua metrópoli de Noruega, Trondhjem. El viaje, que sólo puede hacerse por mar, dura dos días. Renuncio esta vez á una descripción detallada. En todo el trayecto sólo tocamos ligeramente, buscando un peligroso camino en medio de multitud de islotes de extremada esterilidad, las entradas prosaicas de los innumerables *fjords* de

una música verdaderamente infernal. A la entrada del Ulvestrøm el capitán disparó un cañonazo, y oyóse como el estrépito de una docena de huracanes desencadenados por aquellos desfiladeros. El Gobierno ha tenido que prohibir más tarde esta diversión peligrosa, porque las vibraciones provocadas por una sola descarga han conmovido á veces bloques de piedra suspendidos perpendicularmente en los flancos de la imponente montaña de Hornelen (*V. el grabado de esta página*), que se levanta allí á pico hasta una altura de 2,845 pies, y aquellos enormes bloques, al caer en las aguas, pusieron en peligro de ser aplastados á los imprudentes marinos.

Al salir de aquel horroroso desfiladero, donde los buques se ven también amenazados por la violencia de la



NORUEGA.—Al pie del Hornelen, en la entrada del Nordfjord

esta costa, bellos en el interior como sueños á los cuales apenas se da crédito, del Sognefjord, del Nordfjord, del Røedeffjord y del Moldefjord, con sus infinitas ramificaciones, etc. Si he llamado prosaicas las entradas de esos *fjords*, debo sin embargo hacer una excepción por la del Nordfjord.

Durante horas y horas se ve el viajero en esos estrechos, gigantescos muros de granito, como amontonados unos sobre otros, desprovistos de todo vestigio de vegetación. Un silbido de la sirena del buque evoca en las hendiduras y cavernas de esas paredes y en los pequeños *fjords* laterales que los cortan á cada instante, ecos cien veces repetidos que, en su confusión, forman

corriente que determinan el flujo y reflujo, nos encontramos frente de la isleta desierta de Seljeæ, donde se ven todavía las ruínas de un convento benedictino y la capilla de Santa Sunniva, patrona de Bergen. En esta isla fué donde esta virgen real, hija de Irlanda, se refugió para no tener que casarse como exigía su padre: á sus oraciones fué aplastada con los que la acompañaban, por el derrumbamiento de la bóveda de una gruta, en el momento en que los paganos del país iban á apoderarse de ella y sus compañeras para sacrificarlas á sus salvajes instintos. Dirigimos una ferviente oración á aquellos santos mártires antes de que el buque se lanzase en alta mar para doblar el sombrío

cabo Stadt, donde las tempestades parecen rugir permanentemente, y donde las corrientes del Atlántico han estrellado tantos buques contra los arrecifes y las rocas.

CARTA ENCÍCLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII SOBRE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

(Continuación)

SIENDO la Iglesia el edificio de Cristo, quien sabiamente ha edificado *su casa sobre piedra*, no puede estar sometida á las puertas del infierno: éstas pueden prevalecer contra quien se encuentre fuera de la piedra fuera de la Iglesia, pero son impotentes contra ésta. (Origen. *com. in Matth.* t. XII, n. 11). Si Dios ha confiado su Iglesia á Pedro, ha sido con el fin de que ese sostén invisible la conserve siempre en toda su integridad. La ha investido de la autoridad, porque para sostener real y eficazmente una sociedad humana, el derecho de mandar es indispensable á quien la sostiene.

Jesús añade aún: «Y te daré las llaves del reino de los cielos.» Y es claro que continúa hablando de la Iglesia, de esta Iglesia que acaba de llamar *suya* y que ha declarado querer edificar sobre Pedro, como sobre su fundamento. La Iglesia ofrece, en efecto, la imagen, no sólo de un *edificio*, sino de un *reino*; y además, nadie ignora que las llaves son la insignia ordinaria de la autoridad. Así, cuando Jesús promete dar á Pedro las llaves del reino de los cielos, promete darle el poder y la autoridad de la Iglesia. «El Hijo le ha dado (á Pedro) la misión de esparcir en el mundo entero el conocimiento del Padre y del Hijo, y ha dado á un hombre mortal todo el poder de los cielos al confiar las llaves á Pedro, que ha extendido la Iglesia hasta las extremidades del mundo y que la ha mostrado más inquebrantable que el cielo. (S. Joan Chrysost. *Hom. LIV in Matth.* n. 2).»

Lo que sigue tiene también el mismo sentido. «Todo lo que atares en la tierra será también atado en el cielo, y lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo.» Esta expresión figurada: atar y desatar, designa el poder de establecer leyes y el de juzgar y castigar. Y Jesucristo afirma que ese poder tendrá tanta extensión y tal eficacia, que todos los decretos dados por Pedro serán ratificados por Dios. Este poder es, pues, soberano, y de todo punto independiente, porque no hay sobre la tierra otro poder superior al suyo que abrace á toda la Iglesia y á todo lo que está confiado á la Iglesia.

La promesa hecha á Pedro fué cumplida cuando Jesucristo Nuestro Señor, después de su Resurrección, habiendo preguntado por tres veces á Pedro si le amaba más que los otros, le dijo en tono imperativo: «Apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas. (Joan. XXI, 16, 17).»

Es decir, que á todos los que deben estar un día en su aprisco, les envía á Pedro como á su verdadero pastor. «Si el Señor pregunta lo que no le ofrece duda, no quiere indudablemente instruírse, sino instruir á quien,

á punto de subir al cielo, nos dejaba por Vicario de su amor... Y porque sólo entre todos Pedro profesa este amor, es puesto á la cabeza de los más perfectos para gobernarlos, por ser él mismo más perfecto. (S. Ambros. *Expos. in Evang. secundum Luc.* lib. X, n. 175, 176).» Pues el deber y el oficio del pastor es guiar al rebaño, velar por su salud, procurándole pastos saludables, librándole de los peligros, descubriendo los lazos y rechazando los ataques violentos; en una palabra, ejerciendo la autoridad del gobierno. Y pues Pedro ha sido propuesto como pastor al rebaño de fieles, ha recibido el poder de gobernar á todos los hombres, por cuya salvación Jesucristo dió su sangre. Y ¿por qué vertió su sangre? Para rascatar á esas ovejas que ha confiado á Pedro y á sus Sucesores. (S. Joan. Chrysost. *De Sacerdotio*, lib. II).»

Y porque es necesario que todos los cristianos estén unidos entre sí por la comunidad de una fe inmutable. Nuestro Señor Jesucristo, por la virtud de sus oraciones, obtuvo para Pedro que en el ejercicio de su poder no desfalleciera jamás su fe. «He orado por ti á fin de que tu fe no desfallezca. (Luc. xxii, 32).»

Y le ordenó además que cuantas veces lo pidieran las circunstancias, comunicase á sus hermanos la luz y la energía de su alma. «Confirma á tus hermanos. (1b.).» Aquel, pues, á quien había designado como fundamento de la Iglesia, quiere que sea columna de la fe. «Pues que de su propia autoridad le dió el reino, no podía afirmar su fe de otro modo que llamándole Piedra y designándole como el fundamento que debía afirmar la Iglesia. (S. Ambros. *De Fide*, lib. IV, n. 56).»

De aquí que ciertos nombres que designan muy grandes cosas y que «pertenecen en propiedad á Jesucristo en virtud de su poder, Jesús mismo ha querido hacerlas comunes á El y á Pedro por participación (S. Leo. Magn. *Serm. IV*, cap. II),» á fin de que la comunidad de títulos manifestase la comunidad del poder. Así El, que es «la piedra principal del ángulo sobre la que todo el edificio construído se eleva como un templo sagrado en el Señor (Ephes. ii, 21),» ha establecido á Pedro como la *piedra* sobre que debía estar apoyada su Iglesia. «Cuando Jesús dice: «Tú eres la piedra,» esta palabra le confiere un hermoso título de nobleza. Y sin embargo, es la piedra, no como Cristo es la piedra, sino como Pedro puede ser la piedra. Pues Cristo es esencialmente la piedra inquebrantable, y por ésta es por quien Pedro es la piedra. Porque Cristo comunica sus dignidades sin empobrecerse... Es sacerdote, y hace sacerdotes... Es piedra, y hace de su Apóstol la piedra. (Hom. *De Pœnit.* n. 4, in append. opp. S. Basilii).»

Es, además, el Rey de la Iglesia, «que posee la llave de David; cierra, y nadie puede abrir; abre, y nadie puede cerrar (Apocal. iii, 7),» y por eso al dar las llaves á Pedro le declara jefe de la sociedad cristiana. Es también el Pastor supremo, que á sí mismo se llama el Buen Pastor (Joan. x, 11), «y por eso también ha nombrado á Pedro pastor de sus corderos y ovejas.» Por esto dice San Crisóstomo: «Era el principal entre los Apóstoles, era como la boca de los otros discípulos y la cabeza del cuerpo apostólico... Jesús, al decirle que debe tener en adelante confianza, porque la mancha de su negación está ya borrada, le confía el gobierno de

sus hermanos. Si tú me amas, sé jefe de tus hermanos. (*Hom. LXXXVIII in Joan. n. 1*).» Finalmente, Aquel que confirma «en toda buena obra y en toda buena palabra (*Thessal. 16*)», es quien manda á Pedro que confirme á sus hermanos.

San León el Grande dice con razón: «Del seno del mundo entero, Pedro solo ha sido elegido para ser puesto á la cabeza de todas las naciones llamadas, de todos los Apóstoles, de todos los Padres de la Iglesia; de tal suerte que, aunque haya en el pueblo de Dios muchos pastores, Pedro, sin embargo, rige propiamente á todos los que son principalmente regidos por Cristo. (*Ser. IV, cap. II*).» Sobre el mismo asunto escribe San Gregorio el Grande al emperador Mauricio Augusto: «Para todos los que conocen el Evangelio, es evidente que por la palabra del Señor, el cuidado de toda la Iglesia ha sido confiado al Santo apóstol Pedro, jefe de todos los Apóstoles... Ha recibido las llaves del reino de los cielos; el poder de atar y desatar le ha sido concedido, y el cuidado y el gobierno de toda la Iglesia le ha sido confiado. (*Epistolar. lib. x, ep. xx*).»

Y pues esta autoridad, al formar parte de la constitución y de la organización de la Iglesia como su elemento principal, es el principio de la unidad, el fundamento de la seguridad y de la duración perpetua, se sigue que de ninguna manera puede desaparecer con el bienaventurado Pedro, sino que debía necesariamente pasar á sus Sucesores y ser transmitida de uno á otro. «La disposición de la verdad permanece, pues, y el bienaventurado Pedro, perseverando en la firmeza de la piedra, cuya virtud ha recibido, no puede dejar el timón de la Iglesia puesto en su mano. (S. Leo. Magn. *Serm. III, cap. III*).»

Por esto los Pontífices que suceden á Pedro en el episcopado romano poseen de derecho divino el poder supremo de la Iglesia. «Nos definimos que la Santa Sede apostólica y el Pontífice Romano poseen la primacía sobre el mundo entero, y que el Pontífice Romano es el Sucesor del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y que es el verdadero Vicario de Jesucristo, el Jefe de la Iglesia, el Padre y el Doctor de todos los cristianos, y que á él, en la persona del bienaventurado Pedro, ha sido dado por Nuestro Señor Jesucristo el pleno poder de pacer, regir y gobernar la Iglesia universal; así como está contenido, tanto en las actas de los Concilios ecuménicos, como en los Sagrados Cánones. (Conc. Florent.).» El cuarto Concilio de Letrán dice también: «La Iglesia romana... por la disposición del Señor, posee el principado del poder ordinario sobre las demás Iglesias, en su cualidad de madre y maestra de todos los fieles de Cristo.»

Tal era el sentimiento unánime de la antigüedad, que sin la menor duda ha mirado y venerado á los Obispos de Roma como á los Sucesores legítimos del bienaventurado Pedro. ¿Quién podrá ignorar cuán numerosos y cuán claros son acerca de este punto los testimonios de los Santos Padres? Bien resplandeciente es el de San Ireneo que habla así de la Iglesia romana: «A esta Iglesia por su preeminencia superior, debe necesariamente reunirse toda Iglesia. (*Contr. Heres. lib. III, c. III, n. 2*).»

San Cipriano afirma también de la Iglesia romana que

es «la raíz y madre de la Iglesia católica (*Ep. XLVIII ad Corn. n. 3*), la Cátedra de Pedro y la Iglesia principal aquella de donde ha nacido la unidad sacerdotal. (*Epist. ad eum, n. 14*).» La llama «Cátedra de Pedro», porque está ocupada por el Sucesor de Pedro; «Iglesia principal», á causa del principado conferido á Pedro y á sus legítimos Sucesores; «aquella de donde ha nacido la unidad», porque en la sociedad cristiana la causa eficiente de la unidad es la Iglesia romana.

Por esto San Jerónimo escribe lo que sigue á Dámaso: «Hablo al Sucesor del Pescador y al discípulo de la Cruz... Estoy ligado por la comunión á Vuestra Beatitude, es decir, á la Cátedra de Pedro. Sé que sobre esa piedra se ha edificado la Iglesia. (*Ep. XV ad Damas. n. 2*).»

El método habitual de San Jerónimo para reconocer si un hombre es católico, es saber si está unido á la Cátedra romana de Pedro. «Si alguno está unido á la Cátedra romana de Pedro, ese es mi hombre. (*Ep. XVI ad Damas. n. 2*).» Por un método análogo de San Agustín, que declara abiertamente que «en la Iglesia romana está siempre contenido lo principal de la Cátedra apostólica», afirma que quien se separa de la fe romana no es católico. «No puede creerse que guardáis la fe católica los que no enseñáis que se debe guardar la fe romana. (*Ep. XLIII, n. 7;—Serm. CXX, n. 13*).»

Y lo mismo San Cipriano: «Estar en comunión con Cornelio es estar en comunión con la Iglesia católica. (*Ep. LV, n. 1*).»

El abad Máximo enseña igualmente que la marca de la verdadera fe y de la verdadera comunión consiste en estar sometido al Pontífice Romano. «Quien no quiera ser herético ni pasar plaza de tal, no trate de satisfacer á éste ni al otro... Apresúrese á satisfacer en todo á la Sede de Roma. Satisfecha la Sede de Roma, en todas partes y á una sola voz le proclamarán pío y ortodoxo. Y el que de ello quiera estar persuadido, será en vano que se contente con hablar, si no satisface y si no implora al bienaventurado Papa de la santísima Iglesia de los Romanos, esto es, la Sede Apostólica.» Y he aquí; según él, la causa y la explicación de este hecho: «La Iglesia romana ha recibido del mismo Verbo de Dios Encarnado, y según los santos Concilios, según los santos Cánones y las definiciones, posee, sobre la universalidad de las santas Iglesias de Dios que existen sobre la superficie de la tierra, el imperio y la autoridad, en todo y por todo, y el poder de atar y desatar. Pues cuando ella ata y desata, el Verbo que manda á las virtudes celestiales, ata y desata también en el cielo. (*Defloratio ex Ep. ad Petrum illustrem*).»

Era esto, pues, un artículo de fe cristiana; era un punto reconocido y observado constantemente, no por una nación ó por un siglo, sino por todos los siglos, y por Oriente no menos que por Occidente, que recordaba al Sínodo de Efeso, sin levantar la menor contradicción el sacerdote Felipe, legado del Pontífice Romano: «No es dudoso para nadie y es cosa conocida en todos los tiempos que el Santo y bienaventurado Pedro, Príncipe y Jefe de los Apóstoles, columna de la fe y fundamento de la Iglesia católica, recibió de Nuestro Señor Jesucristo, Salvador y Redentor del género humano, las llaves del reino, y que el poder de atar y desatar los pecados



GABÓN.— En las llanuras eshiras. (Pág. 446)

fué dado á ese mismo Apóstol, quien hasta el presente momento y siempre, vive en sus sucesores y ejerce por medio de ellos su autoridad. (*Act. III*).» Todo el mundo conoce la sentencia del Concilio de Calcedonia sobre el mismo asunto: «Pedro ha hablado... por boca de León (*Act. III*);» sentencia á la que la voz del tercer Concilio de Constantinopla respondió como un eco: «El Soberano Príncipe de los Apóstoles combatía al lado nuestro, pues tenemos en nuestro favor su imitador y su Sucesor en su Sede... No se veía al exterior (mientras se leía la carta del Pontífice Romano) más que el papel y la tinta, y era Pedro quien hablaba por boca de Agathon. (*Act. XVIII*).» En la fórmula de profesión de fe católica propuesta en términos precisos por Hormisdas en los comienzos del siglo VI, y subscripta por el emperador Justiniano y por los patriarcas Epifanio, Juan y Mennas, se expresó el mismo pensamiento con gran vigor: «Como la sentencia de Nuestro Señor Jesucristo, que dice: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,» no puede ser desatendida, lo que ha dicho está confirmado por la realidad de los hechos, pues en la Sede Apostólica la Religión católica se ha conservado sin ninguna mancha. (*Post epist. XXVI ad omnes ep. Hisp. n. 4*).»

No queremos enumerar todos los testimonios; pero, no obstante, nos place recordar la fórmula con que Miguel Paleólogo hizo su profesión de fe en el segundo Concilio de Lyón: «La Santa Iglesia romana posee también el soberano y pleno primado y principado sobre la Iglesia católica universal, y reconoce con verdad y humildad haber recibido este primado y principado con la plenitud del poder del Señor mismo, en la persona del bienaventurado Pedro, príncipe ó jefe de los Apóstoles, y de quien el Pontífice Romano es el sucesor. Y por lo mismo que está encargada de defender, antes que las de-

más, la verdad de la fe, también cuando se levantan dificultades en puntos de fe, es, á su juicio, al que las demás deben atenerse. (*Act. IV*).»

De que el poder de Pedro y de sus Sucesores es pleno y soberano, no se ha de deducir, sin embargo, que no existen otros en la Iglesia. Quien ha establecido á Pedro como fundamento de la Iglesia, también «ha escogido doce de sus discípulos, á los que dió el nombre de Apóstoles. (*Luc. VI, 13*).» Así del mismo modo que la autoridad de Pedro es necesariamente permanente y perpetua en el Pontificado romano, también los Obispos, en su cualidad de Sucesores de los Apóstoles, son los herederos del poder ordinario de los Apóstoles, de tal suerte, que el orden episcopal forma necesari-



GABÓN.— Torrente del bosque. (Pág. 446)

riamente parte de la constitución íntima de la Iglesia. Y aunque la autoridad de los Obispos no sea ni plena, ni universal, ni soberana, no debe mirárselos como á simples *Vicarios* de los Pontífices Romanos, pues poseen una autoridad que les es propia, y llevan en toda verdad el nombre de Prelados *ordinarios* de los pueblos que gobiernan.

Pero como el Sucesor de Pedro es único, mientras que los de los Apóstoles son muy numerosos, conviene estudiar qué vínculos, según la constitución divina, unen á estos últimos al Pontífice Romano. Y desde luego la unión de los Obispos con el Sucesor de Pedro es de una necesidad evidente y que no puede ofrecer la menor duda; pues si este vínculo se desata, el pueblo cristiano mismo no es más que una multitud que se disuelve y se disgrega, y no puede ya en modo alguno formar un solo cuerpo y un solo rebaño. «La salud de la Iglesia depende de la dignidad del Soberano Sacerdote: si no se atribuye á éste un poder aparte y sobre todos los demás poderes, habrá en la Iglesia tantos cismas como sacerdotes. (S. Hieron. *Dial. cont. Lucif.* n. 9).»

Por esto hay necesidad de hacer aquí una advertencia importante. Nada ha sido conferido á los Apóstoles independientemente de Pedro; muchas cosas han sido conferidas á Pedro aislada é independientemente de los Apóstoles. San Juan Crisóstomo, explicando las palabras de Jesucristo (*S. Joan.* XXI, 15), se pregunta: «¿Por qué dejando á un lado á los otros, Cristo se dirige á Pedro?» y responde formalmente: «Porque era el principal entre los Apóstoles, como la boca de los demás discípulos y el jefe del Cuerpo Apóstolico. (*Hom. LXXXVIII in Joan.* n. 1). Sólo él, en efecto, fué designado por Cristo para fundamento de la Iglesia. A él le fué dado todo el poder de atar y de desatar; á él solo confió el poder de apacentar el rebaño. Al contrario, todo lo que los Apóstoles han recibido en lo que se refiere al ejercicio de funciones y autoridad, lo han recibido conjuntamente con Pedro. «Si la divina Bondad ha querido que los otros Príncipes de la Iglesia tengan alguna cosa en común con Pedro, lo que no ha rehusado á los demás no se le ha dado jamás sino por El. (S. Leo. Mag. *Serm. IV*, cap. II).» «El solo ha recibido muchas cosas, pero nada se ha concedido á ninguno sin su participación. (Ib. *ib.*).»

(Se concluirá).

DEVOCIÓN A MARÍA Y DE UN MODO MUY ESPECIAL A SU ROSARIO ENTRE LOS PROTESTANTES

HACE poco tiempo, dice *The Rosary*, de Nueva York, que el obispo anglicano de Vermont doctor Hall, publicó un libro sobre la devoción á María Santísima. El hecho de haberse publicado por los disidentes varios libros parecidos es un signo consolador para el porvenir. Uno de los más notables sobre este punto es el intitulado *Horas de la Bienaventurada Virgen*, con un ligero comentario tomado de *El espejo de Nuestra Señora*, compuesto por un piadoso anglicano para los anglicanos. El *Tablet* de Londres declara tener gran importancia el hecho de que un pro-

testante se ocupe en traducir y editar, no por mera curiosidad, sino para uso actual, un libro que tanto aprecio tuvo entre sus antepasados católicos para usos litúrgicos y de devoción. Ciertamente es un gran consuelo contemplar el afecto y atracción á esta práctica católica frente al odio y á la furia contra la devoción á María, nota característica de la literatura religiosa del Protestantismo.

No hace mucho tiempo el R. Mister Tupper, ministro baptista muy conocido, predicando en Denver (Colorado), decía de María Virgen: «Yo siento que á Ella se le debe mucho más honor y respeto que el que se le da hoy en nuestras capillas evangélicas. Escogida por el Todopoderoso entre las demás mujeres, á Ella se debe en grado sublime nuestro homenaje y obsequio.»

Más recientemente el R. Dr. Boynton, predicador congregacionista, públicamente alabó el santo Rosario, y declaró que desearía ser fundador de una devoción semejante entre los protestantes. Esto es tanto más importante cuanto que el Rosario fué precisamente instituido por Santo Domingo para la destrucción de la herejía; por lo que, como dice un escritor sobre el *Ave María*: «Los herejes todavía reconocen y temen á la Mujer destinada á quebrantar la cabeza de la serpiente.» El Protestantismo comprende que si acepta la devoción á María tendrá que aceptar la Iglesia católica. Ningún subterfugio le libra de esta consecuencia.

Bien sabido es que Dante Gabriel Rossetti fué atraído á la fe, más que por ningún otro dogma católico, por la significación espiritual de la devoción á María. El dijo una vez, según refiere el *Atlantic Monthly*, «que el mundo debería saber que el último grito de la fe romana, grito que la hará sobrevivir á todas las sectas cristianas, estaba fundado sobre esta idealización de la humanidad en la idea de madre, en la persona de María; y que cualquier desarrollo que las sectas protestantes puedan tener será como un culto sin música ni armonía, en que cabe una amalgama universal.»

Edmundo Waterlón al considerar los horribles crímenes, diariamente anunciados por la prensa, desconocidos en las llamadas «edades de tinieblas», los atribuye rectamente al olvido del Protestantismo sobre la Bienaventurada Virgen. El desprecio de la mujer, las disensiones y tormentos que ésta sufre, tan comunes hoy, eran desconocidos en Inglaterra antes de la Reforma.

Es interesante recordar que en aquellos «buenos tiempos», así llamados los anteriores á la Reforma, ofrecíase diariamente en todas las iglesias principales una Misa especial en honor de la Bienaventurada Virgen. Esta «Misa de la Señora», como la designaban entonces, no interrumpía la Misa regular del Oficio del día: equivalía á la Misa Sabatina del Rosario. Había sacerdotes conocidos por «Sacerdotes de Nuestra Señora», consagrados al culto de la Madre de Dios.

El canto de la preciosa oración del *Ave María* parece ha venido á ser últimamente la nota culminante de las ceremonias religiosas de los disidentes (aunque no comprenden perfectamente su excelencia), y hay una iglesia protestante en Nueva York llamada de Nuestra Señora. Cuando la muy conocida iglesia católica del mismo nombre de Londres fué terminada, se alarmaron los fanáticos disidentes, y con mucho trabajo hicieron

construir muy cerca un edificio, cuyo objeto era contrarrestar «la amenazadora ola del Romanismo,» en cuyos muros se puso la siguiente declaración con grandes caracteres: «No hay más que un Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres.» A este propósito añade un moderno escritor: «La iglesia de Santa María todavía subsiste en Moorfiels, mientras que el local desde el que tan repetidos anatemas se lanzaron contra ella por tres cuartas partes de siglo, está arruinado, no teniendo allí ya ninguna reunión religiosa.» Felizmente el fanatismo que promovió tal empresa desaparece. Ninguna prueba más evidente de esto puede darse que el suceso siguiente: Un insigne caballero protestante en una reunión solemne en Inglaterra expresó sus simpatías declarando: «que él tenía el honor de pertenecer á una Sociedad anglicana cuyo presidente, cierto día, suplicó á los asistentes rezaran tres *Ave Marias* como reparación de los insultos que se lanzaban contra el Santo Padre León XIII.»

Una época de la historia marcada con el sello de la devoción á María no puede menos de ofrecer firmes esperanzas. Por esto los católicos de todo el mundo con León XIII rezan el santo Rosario en honor de la que es llamada Destructora de las herejías, á fin de que una vez más se dé á conocer como Puerta de Oro, por la cual entren en la verdadera Iglesia nuestros hermanos disidentes. «Esta esperanza, dice el Santo Padre, es nuestro consuelo en medio de las tinieblas y maldad que nos rodean.»

CRÓNICA

Isabela de Basilan (Filipinas).—El R. P. Pablo Cavallería, S. J., escribe al Padre Superior de la Misión:

«De mucha utilidad sería que se hiciese algo en esta isla de Basilan, pues con la idea de que ya está dominada, no se estudia el modo de adelantar el dominio, y confiando en que Pedro Cuevas ya se entenderá con los moros, no se trata de sujetarlos como conviene, para cortar tristes acontecimientos. Ese abandono puede haber sido ocasión remota, á lo menos, de los juramentados, de los cuales en el espacio de cuatro años han venido seis, haciéndonos cinco víctimas; pues es voz común, que el trato y comunicación con los joloanos ha imbuído esas criminales máximas á los de Basilan. Hasta el año 1888 no se conocieron aquí juramentados, época en que hacía unos dieciséis años, que comunicaban francamente con Basilan los joloos; pues antes de esa época los basilanos no admitían moros de otras islas; porque como solían venir para robarles y cautivarles, se resistían al trato con moros extraños. Con el indulto de Cuevas, y confiando los moros en que éste no permitiría cautivar ni robar basilanos, éstos no temieron el trato de aquéllos; y he aquí que con este comercio y conversación se han maleado. El año 1887 el señor gobernador de ésta, D. Rafael Cabezas, tuvo ya que ordenar á Pedro que hiciese salir de esta isla al dato Aliubdin, de quien había en este Gobierno muchas quejas por robos y muertes; y constaba que estaba haciendo propaganda de las máximas del Corán. Lo cierto es que el año siguiente hubo juramentados. Para evitarlos serviría admirablemente un destamamento en el Sur de Basilan, el cual sería además un principio de población cristiana y española. Este Sur de Basilan es de lo más frecuentado por la morisma del archipiélago, pues por allí pasan los joloos y hasta borneos y malayos para ir á Mindanao. Cuarenta y siete años tenemos de dominio de esta isla, y no contamos más que con Isabela y la visita de Guibauan, gracias á los esfuerzos del misionero, unidos

al valor y lealtad de Pedro Cuevas. Cuantos robos y piraterías ha cometido la morisma del Sur se hubiesen evitado en gran parte, con un destacamento.

«Si no evitamos los juramentados vamos para atrás. Porque la inseguridad personal hace: 1.º que desiertan los isabelinos; 2.º que no vengan forasteros; 3.º que nadie se dedique al cultivo fuera de la población. De donde forzosamente ha de nacer la miseria.»

Estados Unidos.—El *Mensajero del Sagrado Corazón*, de Nueva York, anuncia que con motivo de cumplirse en este mes de Octubre dos siglos y medio desde el martirio del Venerable P. Jogues, S. J., se presentará una solicitud formal al Padre Santo para la beatificación de ese esforzado atleta de la fe. Se han empleado doce años en coleccionar todo lo concerniente á la vida, martirio y milagros del ilustre Mártir, y todo ya está listo para que el P. Armellini, S. J., solicite la introducción de la causa de la que él ha sido nombrado postulador. El P. Jogues fué martirizado por los iroqueses en lo que se llama ahora Auriesville, Estado de Nueva York. En el mismo sitio donde fué martirizado, se levanta desde hace años una capillita á donde acuden cada año miles de peregrinos.

Noticias varias.—En reconocimiento de los servicios prestados á Francia por los misioneros Capuchinos de Oriente, el Gobierno de aquella república les ha enviado una medalla de plata que lleva la siguiente inscripción: *Misión de Capuchinos. Caridad y abnegación, 1895.*

Con este motivo el embajador francés de Constantinopla ha escrito una hermosa carta elogiando el comportamiento de los misioneros Capuchinos. El mismo Sultán de Turquía ha enviado á la Misión capuchina de Armenia cinco mil piastras, como indemnización de las pérdidas sufridas por los misioneros en los últimos trastornos que ha habido en aquel país. Son también muy apreciados por los turcos, mientras que los protestantes son aborrecidos.

—El príncipe de Aremberg ha reclamado en el Congreso de Dormund la mayor protección para los misioneros católicos, indicando que hay en esta cuestión un gran interés político. Ya se han establecido en el imperio siete colegios ó seminarios, para los que también reclama el Príncipe la protección del Gobierno. Es de advertir que no reciben los misioneros subvención alguna del Emperador ni del Tesoro público, y que tampoco se la piden.

—En la página 433 damos el retrato del Imo. y Rmo. P. fray Santiago Ghezzi de Castelmadama, franciscano, excustodio de Tierra Santa y actual obispo de Civitacastellana, Orte y Gallese, en Italia. Es el P. Ghezzi una de las figuras más conspicuas del Episcopado católico, á cuya dignidad altísima le sublimaron sus virtudes, su ciencia vastísima y los inmensos servicios que prestó al Catolicismo, ya en la cátedra de teología que regentó por espacio de dieciséis años en el Seminario de Velletri, ya sobre todo en el gobierno de la Custodia franciscana de Tierra Santa, defendiendo valerosamente los derechos de la Iglesia latina contra las injustas vejaciones de los cismáticos, y propagando las luces del Evangelio entre los fanáticos sectarios del Corán.

—El último informe del *Registrar General* tocante á Irlanda, habla muy en favor de la pureza ó moralidad de aquella raza tan perseguida y tan calumniada.

Tan insignificante es el número de los nacimientos ilegítimos en las partes católicas de la isla, que el *Registrar General* se ha visto obligado en conciencia á hacer mención especial de ello.

En Connaught, donde la población es casi del todo católica, de mil niños nacidos sólo uno es ilegítimo. En Ulster, donde el número de católicos es casi igual al de protestantes, sólo treinta y nueve sobre mil no son hijos nacidos de matrimonio. Con respecto á la población de toda la isla, el promedio de los nacimientos ilegítimos es de veintisiete por mil.

St, Irlanda posee pocas riquezas y vive sujeta á incontables aflicciones. Mas por lo tocante á la observancia del sexto mandamiento no hay país que se le aventaje.

En los Estados Unidos es cosa confesada por católicos y no católicos que las sirvientas irlandesas son unos modelos de pureza.

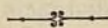
—El obispo Ilmo. Vincent, de los Estados Unidos, ha conseguido que el pueblo de los chantanquas, convertidos á la fe, erijan un templo á Jesucristo. Causa gran fervor presenciar los trabajos de ese pueblo en que, como en los días de la edad media, se esfuerzan todas las clases en allegar materiales y emplear sus fuerzas en tan santa obra.

—Se ha celebrado Capitulo general de los Padres de las Misiones llamados en Roma *Pallottini*. Las Misiones ya establecidas radican en Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Buenos Aires, Brasil y algunas regiones poco menos que inexploradas en Africa. Ha sido nombrado general el P. Guillermo Whitmee, rector de San Silvestre *in capite*.

—Ha fallecido en el Colegio de Campolide, de Lisboa, el día 7 de Septiembre el R. P. José Joaquín d'Afonseca Mattos, de la Compañía de Jesús, director de la excelente Revista *Novo Mensageiro do Coração de Jesus*.

Incansable campeón del Catolicismo, fué misionero en las colonias portuguesas, distinguido profesor del Seminario de Macao, y escribió muchas obras.

VARIEDADES



CRETA

DESPUÉS de Chipre, la «isla olorosa de los griegos,» la isla de los jacintos, de las violetas y de los narcisos, de las rosas de todos los matices, la isla de la *rubia Kypris*, y también del terebinto, del ládano y de la alheña, Creta es la más vasta de las islas griegas. En su superficie de 7,800 kilómetros cuadrados contenía antes 2.000,000 de habitantes, y bajo la dominación de Venecia contaba aún 700,000, cifra que actualmente se ha reducido á 200,000.

Creta no sólo es griega por sus aspiraciones: lo es también por su configuración, por su clima y por sus frutos. De la punta meridional de la Morea parte una cadena de islas que describen una curva desde el golfo de Maratón al de Caunos en la costa del Asia Menor. Creta está en el centro de esa curva.

Equidistante casi de Europa, de Asia y de Africa, fué el centro del mundo antiguo y el punto de contacto de los tres continentes. «La de las cien ciudades» (asi la llamaron en su esplendor), la isla fértil y rica, la de puertos seguros y pintorescas perspectivas, ha conservado su fertilidad, sus puertos y sus bellezas; pero ha perdido mucho de su importancia y de su comercio, y ha debido renunciar á la supremacía de los mares que en tiempo de los griegos ostentaba. Su flota numerosa acreditaba esta supremacía, y sus colonias ésparramándose hasta Sicilia atestiguaban la exuberancia de su población. De todo esto hace tres mil años. Después, encorvada siempre Creta bajo el yugo extranjero, no ha hecho sino cambiar de dueños. Y la verdad es que estaba predispuesta á ello. Dividida en valles separados por altas montañas, muchas de ellas inaccesibles naturalmente ó convertidas en tales por obras de defensa, contenía gran numero de ciudades, pero ninguna capital; y aquellas ciudades aisladas unas de otras y á menudo en guerra, se debilitaban y aniquilaban mutuamente.

En el centro de la isla se eleva la meseta más im-

portante de ella dominada por el monte Ida. Al Oeste se alzan los desnudos peñascos del Chalapa y el enorme promontorio de Acrotiri; y más allá cerrando el horizonte, dibújase la poderosa mesa de los altos Montes Blancos que, desprovistos de vegetación, ofrecen á la mirada, en la gran transparencia del aire, una superficie gris y desnuda. Ellos son la ciudadela de los sparkiotas, descendientes de los dorios, que se han situado en aquellos valles, inaccesibles cuando los torrentes engrosados por las lluvias descienden mugiendo á través de la *pharynx* ó desfiladeros. «La puerta está cerrada,» dicen los sparkiotas, y esperan pacientemente que se abra y les deje libre el paso.

Los turcos nunca han podido forzar esta puerta: todos sus esfuerzos se han estrellado contra la resistencia de aquellos ariscos montañeses y contra los obstáculos de la naturaleza.

Al extremo opuesto de la isla, los montes Litia forman simetría con los Blancos. Entre ambas cordilleras la costa se extiende en una longitud de 160 kilómetros, más escarpada al Sud, más regular al Norte, mirando al mar Egeo. En los puntos más salientes de este último lado, en los golfos que penetran hasta junto los valles, se levantaban las poblaciones mercantiles de Creta ante la animación del mar incesantemente surcado por naves numerosas; ante el mar cuyas olas bañaban hacia el Sud las playas de Africa, menos pobladas y activas que las riberas helenas y las de las islas Egeas.

En dicha playa Norte, las modernas ciudades ocupan los lugares de las antiguas: Megalo, Castrón y Candía que por algún tiempo dió su nombre á la isla toda; Retimo, al pié del Ida; Canea, la *Kidonia* de los griegos, y que hoy es la capital y el principal puerto de la isla. Es una pequeña ciudad de 15,000 habitantes, que se divisa blanca sobre la pedregosa meseta tostada por el sol y mal cubierta por mezquinos sembrados.

Los helenos, que ahora reivindican la isla para ellos, constituyen la mayoría de la población cretense, y no sólo tienen el número en su favor, sino también el oro y por medio de él el suelo, que compran al indolente musulmán, el cual les considera como «griegos entre los griegos, mentirosos entre los mentirosos.» Estos griegos, sin embargo, han demostrado con su bravura merecer su independencia: el suelo de Creta ha bebido á menudo su sangre.

Tanto y tan bien han luchado que han obtenido importantísimas concesiones. Desde 1878 la isla está dividida en cinco departamentos gubernamentales, y debe ser administrada por un gobernador general nombrado por cinco años por el Sultán. Si este gobernador es musulmán, su segundo, el valí, debe ser cristiano. La asamblea que debe estar abierta de cuarenta á sesenta días cada año, se compone de ochenta miembros, de los cuales cincuenta y nueve son cristianos y treinta y uno musulmanes. La isla no contribuye á los gastos del ejército. El excedente de ingresos, deducidos los gastos de la administración local, se divide en dos partes iguales: una que va al Tesoro y la otra que se destina á obras de utilidad pública.

Conquistada, saqueada, empobrecida por las invasiones de Bizancio, de los sarracenos, de Venecia y de los turcos, Creta, la isla de los contrastes violentos, de

costas pedregosas y de montes desnudos y también de valles fértiles, de puertos hospitalarios y de perspectivas risueñas ó grandiosas, ya no es la tierra próspera, la Creta de las «cien ciudades» populosas. A la armoniosa lengua ática ha sucedido en gran parte un dialecto dorio; pero los sparkiotas no han perdido la antigua bravura de su raza, y sus mujeres y sus hijas han conservado aquella belleza de formas y aquella pureza de líneas que sus madres las legaron puras de toda mezcolanza.

Como campo cerrado donde el cristiano lucha contra el musulmán, el griego contra el turco, Creta, á la que la convención de Halepa, solemnemente confirmada por el tratado de Berlín, había de devolver la paz y la prosperidad, vuelve á ser presa de convulsiones interiores. Esta tierra poblada por los descendientes de los árabes y los venecianos, de los griegos, de los albaneses y de los turcos, parece un crisol donde se hayan vertido razas diferentes, cuya asimilación se haya visto contrariada por la naturaleza, por la configuración del suelo, las abruptas cordilleras y los profundos valles. Los descendientes de aquellos emigrados, instintivamente agrupados por nacionalidades, separadas éstas por la orografía, divididos por tradiciones religiosas y por odios seculares, han continuado siendo lo que sus padres respectivos fueron. No han podido fundirse unos con otros, y los pocos puntos de contacto que han tenido no han hecho más que exacerbar el antagonismo hereditario.

La vida común de los hijos de Cristo y de los sectarios de Mahoma es por regla general incompatible, y mucho más si son mahometanos los que mandan. Las creencias religiosas de ambos, sus leyes políticas, civiles, fiscales y administrativas, sus costumbres y tradiciones son tan diversas y opuestas que, aún transcurriendo siglos y más siglos en ese estado de unión externa forzada y violenta, la paz y la mutua tolerancia entre esos elementos discordes no llegan nunca á normalizarse y perpetuarse, y su ruptura es siempre inminente é inevitable. En el fondo del alma de todo musulmán hay odio y desprecio al que no lo es, y de aquí que si mandan, acompañen sin falta á su gobierno las tiranías y las arbitrariedades más insoportables; y si obedecen, lo hagan siempre de mala gana, por necesidad ó á la fuerza, pero dispuestos á rebelarse contra las Autoridades no mahometanas en cuanto se presente la ocasión... Por otra parte, compréndese la fatalista obstinación de los hijos del Islam.

¡Haber conquistado casi todo el mundo antiguo, y sentir ahora la Europa perdida y el Africa á punto de escapárseles! Los turcos que en el Asia Menor forman un núcleo de ocho á nueve millones de habitantes, en Europa forman un millón escaso, y parece que cada año decrecen en número. El eje de su imperio cambia de lugar hacia el Asia Menor, donde la población va afluyendo; y los huecos que en Europa va dejando, los llenan los servios, búlgaros, albaneses, rumanos y griegos que desean y preparan la revolución económica que el Osmanli ve venir descorazonado; pues presiente que se acercan los días predichos por los Profetas, mientras el heleno, tenaz en su amor y firme en su fe, sueña con arrancar Creta de manos del enemigo de su religión y de su raza.

EL MAR MUERTO DE AMÉRICA

A semejanza de Palestina, los Estados Unidos poseen un mar Muerto, llamado por los geógrafos que lo han estudiado *Medical Lake*, porque, según es fama en la comarca, sus aguas tienen cualidades terapéuticas notables.

El mar Muerto americano se halla al extremo Sur del Estado de Wáshington, en la vasta meseta colombina, á 610 metros de altura sobre el nivel del Océano Pacífico. Tiene 1,600 metros de longitud y 1,200 de anchura. No se comunica con río alguno, y opinan los sabios que se alimenta por medio de fuentes que brotan en el fondo mismo del lago. Así debe de ser, porque aunque la evaporación es muy rápida á causa de la extrema sequedad del aire en toda la región, el agua permanece constantemente á un mismo nivel: la profundidad es, poco más ó menos, de 18 metros. Las aguas de este lago son excesivamente saladas, y su composición y densidad casi idénticas á las del mar Muerto de Palestina.

A dos kilómetros de distancia alrededor del *Medical Lake* no brota la más ligera hierba; el suelo es impermeable. Los únicos representantes de la vida animal son una especie de tortuga muy pequeña y un rarísimo pescado de 20 á 21 centímetros de longitud, provisto de largas aletas articuladas, de las cuales se sirve *para andar* en el fondo del agua, sobre el cieno.

LOS NEGROS Y SUS FETIQUES

Las tribus negras tienen una veneración grandísima por sus fetiques, á los cuales atribuyen el poder de atraerles la desgracia ó la prosperidad. Animales feroces, serpientes, peces, estatuillas groseramente esculpidas, hojas de árbol, hojas del Korán llevadas al Africa Central por los comerciantes musulmanes, todo les sirve.

Cuenta un excursionista, Pablo Cramper, que en uno de sus viajes encontró en unas tribus del Congo un fetique, hecho con un número del *Journal de Débats*, que iba metido en un saquito de cuero.

Gracias á un fetique no menos «europeo» el capitán Marchand, cuyo viaje á los últimos confines de la *Costa de Marfil* vienen relatando ha tiempo los periódicos del viejo mundo, no fué molestado al entrar en el territorio del Congo.

Habíanse reunido no lejos del campamento de la pequeña caravana cerca de dos mil guerreros con el antedicho objeto; pero aquel día el tiempo estaba inseguro, por lo que el capitán no cesaba de ir á consultar los termómetros y barómetros que tenía suspendidos en la parte exterior de su habitación. Los saqueadores creyeron que el cristiano se comunicaba por este medio con los poderosos fetiques protectores de su misión, y juzgaron más prudente no inquietar á un hombre que hablaba con los espíritus empleando tubos de cristal.